



Asamblea General

Quincuagésimo octavo período de sesiones

7^a sesión plenaria

Martes 23 de septiembre de 2003, a las 10.00 horas
Nueva York

Documentos Oficiales

Presidente: Honorable Julian R. Hunte (Santa Lucía)

Se abre la sesión a las 10.05 horas.

Discurso del Presidente

El Presidente (*habla en inglés*): Este debate general de la Asamblea General en su quincuagésimo octavo período de sesiones tiene lugar en momentos en que las Naciones Unidas hacen frente a enormes desafíos. La participación de un número importante de Jefes de Estado y de Gobierno en el debate envía un mensaje firme de apoyo a las Naciones Unidas y reafirma a los pueblos del mundo que sus gobernantes están a la vanguardia de los esfuerzos internacionales para abordar la amplia gama de cuestiones que son de importancia para ellos. Como Presidente de la Asamblea General en su quincuagésimo octavo período de sesiones, la presencia de los líderes mundiales es para mí alentadora.

Aproximadamente 58 años después de su creación, los recientes acontecimientos, con frecuencia trágicos, en todo el mundo plantean un grave desafío para las Naciones Unidas y, en especial, para la Asamblea General. Esto se refiere en particular a los principios que figuran en la Carta como objetivos principales de la Organización, a saber, el fomento del avance económico y social, la tolerancia, la paz y el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, incluida la seguridad colectiva. Últimamente hemos iniciado un proceso de introspección y examen, estudiando, por ejemplo, las metas que nos hemos fijado en la esfera económica y social y nuestros esfuerzos por mantener la

paz en el mundo. Reformar y revitalizar nuestra Organización es clave para el éxito de nuestras iniciativas y, por lo tanto, es uno de los temas que examinamos.

La seguridad y la protección del personal de las Naciones Unidas es una gran prioridad y ha adquirido mayor urgencia después de un nuevo ataque contra las Naciones Unidas en Bagdad. Al manifestar en esta ocasión nuestro pesar por la pérdida de vidas y los heridos, quiero asegurar al Secretario General que cuenta con nuestro continuo apoyo a sus esfuerzos por proteger al personal de las Naciones Unidas.

Nuestros logros en el último decenio son incuestionables, pero muchas de nuestras iniciativas sólo son útiles si conducen a medidas concretas. Nosotros, los Estados Miembros de la Asamblea General, somos asociados y debemos cooperar para asegurar que se adopten las medidas urgentes y necesarias para poner en práctica estas iniciativas si queremos seguir siendo pertinentes. De esta manera, creo que nos ha de favorecer ser congruentes en nuestro respeto por la Carta y por el derecho internacional para demostrar con nuestras acciones que esta Asamblea General no sólo tiene la capacidad, sino también la voluntad política de abordar constructivamente y resolver los problemas complejos del mundo y cerrar la brecha entre nuestros objetivos convenidos y los recursos que se requieren para llevarlos a la práctica.

La Asamblea General está encargada de la supervisión de todo el sistema de las Naciones Unidas y, por

La presente acta contiene la versión literal de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada e incorporadas en un ejemplar del acta, al Jefe del Servicio de Actas Literales, oficina C-154A. Dichas correcciones se publicarán después de finalizar el período de sesiones en un documento separado.



lo tanto, tiene ante sí toda la gama de temas internacionales. Como defensoras, supervisoras y Organización normativa, las Naciones Unidas tienen que dar la orientación necesaria para asegurar la congruencia del sistema de modo que la Organización pueda responder de manera amplia a los muchos desafíos que enfrenta. Los Jefes de Estado y de Gobierno deben aportar un nuevo dinamismo a la Asamblea General durante este período de sesiones. La dirección política que impriman será de fundamental importancia para que la Asamblea pueda encarar con eficacia cuestiones decisivas tales como el desarrollo sostenible, el alivio de la pobreza, la violación de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, el terrorismo y la reforma de las Naciones Unidas. Esta es la dirección que necesitamos para todo el año de este período de sesiones, incluso desde enero a septiembre de 2004, porque durante esta segunda parte del período de sesiones, digamos, menos intensa, es cuando podemos examinar con mayor profundidad las decisiones que hemos adoptado en el otoño e iniciar la tarea crítica de la aplicación y otros aspectos de la labor de la Asamblea.

Todos conocemos los problemas. Espero que los Jefes de Estado y de Gobierno y otros participantes de alto nivel de este debate general nos brinden asesoramiento sobre la forma en que podemos encontrar soluciones.

De conformidad con la decisión que se adoptó en su segunda sesión plenaria, celebrada el 19 de septiembre de 2003, la Asamblea General escuchará la presentación del Secretario General de su Memoria anual sobre la labor de la Organización con arreglo al tema 10 del programa provisional.

Tiene la palabra el Secretario General.

El Secretario General (*habla en francés*): Los pasados 12 meses han sido muy dolorosos para quienes de nosotros creen en respuestas colectivas a nuestros problemas y retos comunes.

En muchos países, el terrorismo ha vuelto a causar la muerte y sufrimientos a personas inocentes. En el Oriente Medio y en partes de África la violencia ha continuado intensificándose. En la península de Corea y en otras partes la amenaza siniestra de la proliferación nuclear ensombrece el horizonte. Y apenas hace un mes, en Bagdad, las propias Naciones Unidas sufrieron un ataque brutal y deliberado, en el que la comunidad internacional perdió a algunos de sus servidores más talentosos. Ayer, las Naciones Unidas fueron ata-

cadadas nuevamente. Sólo se evitó un grave desastre gracias a la rápida acción de la policía iraquí, uno de cuyos miembros perdió la vida.

En esta oportunidad, deseo expresar mi más sinceras condolencias a la familia de ese valiente policía. Pero también pienso en las 19 personas, incluido el personal de las Naciones Unidas, que fueron heridas en el ataque. Quiero desearles a todos ellos un rápido restablecimiento, y espero que todos aquellos que han sido heridos o perdieron la vida en la guerra —soldados y civiles inocentes— estén siempre en nuestras oraciones.

En este contexto, deploro —como sin duda lo hacen todos ustedes— el brutal atentado contra la vida de la Sra. Akila al-Hashemi, miembro del Consejo de Gobierno, y hago votos por su plena recuperación.

(*continúa en inglés*)

Excelencias, ustedes son las Naciones Unidas. Los funcionarios que han resultado muertos y heridos en el ataque contra nuestra sede de Bagdad formaban parte de su personal. Ustedes les habían encomendado el mandato de contribuir a aliviar los sufrimientos del pueblo iraquí, y de ayudar al Iraq a recuperar su soberanía nacional.

En el futuro, no sólo en el Iraq, sino allí donde intervengan las Naciones Unidas, deberemos adoptar medidas más eficaces para proteger la seguridad de nuestro personal. Cuento con su pleno apoyo jurídico, político y financiero.

Entre tanto, permítanme reafirmar la gran importancia que otorgo a que la situación en el Iraq se resuelva de manera positiva. Independientemente de la opinión que cada uno de nosotros pueda tener sobre los acontecimientos de los últimos meses, es vital para todos que el resultado sea un Iraq estable y democrático, en paz consigo mismo y con sus vecinos, y que contribuya a la estabilidad de la región.

Con sujeción a consideraciones de seguridad, el sistema de las Naciones Unidas está preparado para desempeñar plenamente la parte que le corresponde en la labor de lograr un resultado satisfactorio en el Iraq, y para hacerlo en el marco de un esfuerzo de toda la comunidad internacional, basado en una política racional y viable. Si se dedica más tiempo y paciencia a elaborar una política que sea a la vez colectiva, coherente y factible, consideraría que ese tiempo ha sido bien empleado. En efecto, es así como debemos

enfocar todas las crisis urgentes con que nos enfrentamos actualmente.

Hace tres años, cuando ustedes acudieron a la Cumbre del Milenio, parecía que todos compartíamos la concepción de la solidaridad mundial y la seguridad colectiva expresada en la Declaración del Milenio. Sin embargo, los recientes acontecimientos han puesto en tela de juicio ese consenso.

Todos sabemos que debemos hacer frente a nuevas amenazas —o, tal vez, viejas amenazas en nuevas y peligrosas combinaciones: nuevas formas de terrorismo, y la proliferación de armas de destrucción en masa.

Pero, mientras que algunos consideran que esas amenazas representan sin duda el principal desafío a la paz y la seguridad mundiales, otros se sienten más inmediatamente amenazados por las armas pequeñas empleadas en los conflictos civiles, o por las denominadas “amenazas no armadas”, como la persistencia de la pobreza extrema, la disparidad de ingresos entre unas sociedades y otras y dentro de cada una de ellas, la propagación de enfermedades infecciosas, o el cambio climático y la degradación del medio ambiente.

Realmente, no tenemos que elegir. Las Naciones Unidas deben hacer frente a todas esas amenazas y desafíos —tanto nuevos como viejos, “armados” y “no armados”. Deben dedicarse plenamente a luchar en pro del desarrollo y la erradicación de la pobreza, empezando por la consecución de los objetivos de desarrollo del Milenio; luchar para proteger el medio ambiente común; y luchar en favor de los derechos humanos, la democracia y la buena gestión pública.

En realidad, todas esas luchas están relacionadas entre sí. Ahora vemos con escalofriante claridad que un mundo en el que muchos millones de personas padecen una opresión brutal y una miseria extrema nunca será plenamente seguro, ni siquiera para sus habitantes más privilegiados.

Sin embargo, las amenazas “armadas”, como el terrorismo y las armas de destrucción en masa, son reales y no puede hacerse caso omiso de ellas. El terrorismo no es un problema que afecte únicamente a los países ricos. Pregunten si no a la población de Bali o de Bombay, de Nairobi o de Casablanca. Las armas de destrucción en masa no sólo amenazan al mundo occidental o septentrional. Pregunten si no a la población del Irán, o de Halabja en el Iraq.

En lo que disentimos, al parecer, es en la forma de hacer frente a esas amenazas. Desde que se creó la Organización, los Estados generalmente han tratado de afrontar las amenazas contra la paz mediante la contención y la disuasión, mediante un sistema basado en la seguridad colectiva y en la Carta de las Naciones Unidas. El Artículo 51 de la Carta proclama que todos los Estados, en caso de ataque, tienen el derecho inmanente de legítima defensa. Pero, hasta la fecha, se ha interpretado en el sentido de que, cuando los Estados no se limitan a ella y deciden emplear la fuerza para hacer frente a amenazas más amplias para la paz y la seguridad internacionales, necesitan la legitimación de las Naciones Unidas.

Algunos consideran ahora que esa interpretación ha dejado de ser válida, ya que un ataque armado con armas de destrucción en masa podría lanzarse en cualquier momento, sin previo aviso, o ser lanzado por un grupo clandestino. En vez de esperar a que eso suceda, argumentan, los Estados tienen el derecho y la obligación de emplear la fuerza preventivamente, incluso en el territorio de otros Estados, o mientras los sistemas de armamento que podrían emplearse para atacarlos están todavía en la fase de desarrollo. Con arreglo a ese argumento, los Estados no están obligados a esperar a que se llegue a un acuerdo en el Consejo de Seguridad. Por el contrario, se reservan el derecho de actuar unilateralmente, o en coaliciones ad hoc.

Esta lógica representa un desafío radical a los principios en que, aunque sea de manera imperfecta, se han basado la paz y la estabilidad mundiales en los últimos 58 años. Mi preocupación es que, si se aplicara esa lógica, podrían establecerse precedentes que dieran lugar a un aumento del uso unilateral y anárquico de la fuerza, con o sin justificación.

Pero no basta con denunciar el unilateralismo; debemos también examinar abiertamente las preocupaciones por las que algunos Estados se sienten excepcionalmente vulnerables, porque son esas preocupaciones las que los inducen a actuar de forma unilateral. Debemos demostrar que esas preocupaciones pueden abordarse y se abordarán eficazmente en el marco de una acción colectiva.

Nos encontramos en una encrucijada. Este momento puede ser tan decisivo como en 1945, cuando se fundaron las Naciones Unidas. Entonces, un grupo de dirigentes con visión de futuro, guiados e inspirados por el Presidente Franklin D. Roosevelt, decidieron que

la segunda mitad del siglo XX debía ser diferente a la primera. Se percataban de que la raza humana tenía únicamente un mundo para vivir y que si no se afrontaban sus problemas con prudencia todos los seres humanos podían perecer. Por tanto, elaboraron normas que rigieran la conducta internacional y fundaron una red de instituciones, con las Naciones Unidas en el centro, en la que los pueblos del mundo pudieran colaborar en aras del bien común.

Ahora debemos decidir si es posible seguir adelante sobre la base acordada entonces o si es preciso introducir cambios radicales. Y no debemos rehuir las cuestiones acerca de la pertinencia y la eficacia de las normas y los instrumentos de que disponemos.

Ninguno de esos instrumentos es más importante que el propio Consejo de Seguridad. En mi reciente informe sobre la aplicación de la Declaración del Milenio, llamé la atención sobre la urgente necesidad de que el Consejo recuperara la confianza de los Estados y de la opinión pública mundial, demostrando su capacidad para solucionar con eficacia los asuntos más difíciles y representando más ampliamente a la comunidad internacional en su conjunto, así como las realidades geopolíticas actuales.

El Consejo debe estudiar cómo afrontará la posibilidad de que los distintos Estados utilicen la fuerza preventivamente contra lo que consideran amenazas. Tal vez convendría que sus miembros iniciaran un debate sobre los criterios que podrían justificar una autorización temprana de medidas coercitivas para hacer frente a ciertas amenazas, por ejemplo de grupos terroristas que posean armas de destrucción en masa. Y aún deben iniciar un serio debate sobre la forma más adecuada de responder a las amenazas de genocidio y otras violaciones masivas equivalentes de los derechos humanos, cuestión que yo mismo ya planteé en este mismo foro en 1999. Este año, una vez más, nuestra respuesta colectiva a ese tipo de situaciones —en la República Democrática del Congo y en Liberia— ha sido vacilante y tardía.

Con respecto a la composición del Consejo, se trata de una cuestión que ha figurado en el programa de la Asamblea durante más de una década. Prácticamente todos los Estados Miembros están de acuerdo en que el Consejo debería ampliarse, pero no hay consenso en cuanto a los detalles.

Con todos mis respetos, Excelencias, diré que, a los ojos de sus pueblos, la dificultad de alcanzar un

acuerdo no es excusa para no lograrlo. Si desean que el Consejo y las decisiones del Consejo gocen de mayor respeto, especialmente en los países en desarrollo, es preciso que aborden la cuestión de su composición con más urgencia.

Pero el Consejo de Seguridad no es la única institución que debe fortalecerse. Como ustedes saben, estoy haciendo todo lo posible para aumentar la eficacia de la Secretaría, y confío en que esta Asamblea apoye mi labor. De hecho, en mi informe también indicaba que era preciso fortalecer la propia Asamblea, y que era necesario replantear y dar nuevo impulso a la función del Consejo Económico y Social, y al papel de las Naciones Unidas en su conjunto en los asuntos económicos y sociales, incluida su relación con las instituciones de Bretton Woods. Incluso señalé que podría revisarse el papel del Consejo de Administración Fiduciaria, a la luz de las nuevas responsabilidades que ustedes han encomendado a las Naciones Unidas en los últimos años.

En resumen, creo que ha llegado el momento de examinar a fondo cuestiones fundamentales de política, así como los cambios estructurales que podrían ser necesarios para fortalecer estas cuestiones. La historia es un juez implacable: no nos perdonará que desaprovechemos esta oportunidad.

Por mi parte, tengo la intención de crear un grupo de personalidades de alto nivel, al que asignaré cuatro tareas: en primer lugar, examinar las amenazas actuales para la paz y la seguridad; en segundo lugar, considerar la contribución que una acción colectiva puede aportar a la solución de esos problemas; en tercer lugar, examinar el funcionamiento de los principales órganos de las Naciones Unidas y las relaciones entre ellos; y en cuarto lugar, recomendar medidas para fortalecer las Naciones Unidas, mediante la reforma de sus instituciones y procesos. El grupo se concentrará principalmente en las amenazas a la paz y la seguridad, pero también deberá examinar otros retos mundiales, en la medida en que puedan influir en esas amenazas o estar relacionados con ellas.

Pediré al grupo que me presente un informe antes del comienzo del próximo período de sesiones de la Asamblea General, a fin de que pueda presentar las recomendaciones en ese período de sesiones. Pero sólo ustedes pueden tomar las decisiones firmes y claras que se necesitarán. Esas decisiones podrían comportar re-

formas institucionales de gran alcance, y de hecho es- pero que así sea.

Pero las reformas institucionales por sí solas no bastan. Incluso el instrumento más perfecto fallará si no se usa bien.

Las Naciones Unidas no son, en modo alguno, un instrumento perfecto, pero sí muy valioso. Les exhorto a que traten de llegar a un acuerdo sobre los medios de mejorarlo, pero sobre todo para utilizarlo de acuerdo con el propósito de sus fundadores: salvar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra, reafirmar la fe en los derechos humanos fundamentales, restablecer las condiciones básicas para la justicia y el estado de derecho, y fomentar el progreso social y una mejor calidad de vida con mayor libertad.

Puede que el mundo haya cambiado, pero esos objetivos siguen siendo tan válidos y perentorios como siempre. Debemos tenerlos constantemente presentes.

El Presidente (*habla en inglés*): Agradezco al Secretario General su presentación.

Tema 9 del programa

Debate general

El Presidente (*habla en inglés*): Antes de dar la palabra al primer orador de esta mañana, quisiera recordar a los miembros que la lista de oradores se estableció sobre la base de que las intervenciones se limitarán a 15 minutos. A tenor del límite de tiempo, insto a los oradores a que pronuncien sus discursos a velocidad normal, a fin de que la interpretación sea adecuada.

También quisiera señalar a la atención de la Asamblea General la decisión adoptada por la Asamblea en períodos anteriores, a saber, que se insta encarecidamente a no felicitar a los oradores, al término de su discurso, dentro del Salón de la Asamblea General.

A ese respecto, quisiera sugerir a los oradores que participan en el debate general que, tras formular sus declaraciones, abandonen el Salón de la Asamblea General por la oficina GA-200, situada detrás del podio, antes de regresar a sus asientos.

¿Puedo considerar que la Asamblea General está de acuerdo en proceder de la misma manera durante el debate general de su quincuagésimo octavo período de sesiones?

Así queda acordado.

Discurso del Sr. Luiz Inácio Lula da Silva, Presidente de la República Federativa del Brasil

El Presidente (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de la República Federativa del Brasil.

El Sr. Luiz Inácio Lula da Silva, Presidente de la República Federativa del Brasil, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Excmo. Sr. Luiz Inácio Lula da Silva, Presidente de la República Federativa del Brasil, a quien invito a dirigirse a la Asamblea.

El Presidente da Silva (*habla en portugués; texto en inglés proporcionado por la delegación*): Quisiera que mis primeras palabras ante este parlamento mundial sean de confianza en la capacidad humana de vencer los desafíos y evolucionar hacia formas superiores de convivencia en el interior de las naciones y en el plano internacional. En nombre del pueblo brasileño, reitero nuestra fe en las Naciones Unidas. Su papel como promotoras de la paz y de la justicia social sigue siendo insustituible.

Rindo homenaje al Secretario General Kofi Annan por su liderazgo en la defensa de un mundo unido por el respeto del derecho internacional y la solidaridad entre las naciones.

Esta Asamblea se inaugura bajo el impacto del brutal atentado contra la Misión de las Naciones Unidas en Bagdad, que costó la vida al Alto Comisionado para los Derechos Humanos, nuestro compatriota, Sergio Vieira de Mello. La reconocida competencia de Sergio se nutría de las únicas armas en las que siempre creyó: el diálogo, la persuasión y la preocupación por los más vulnerables. En nombre de las Naciones Unidas, ejerció un humanismo tolerante, pacífico y valiente que es reflejo del alma libertaria del Brasil. Que el sacrificio de Sergio y de sus colegas no haya sido en vano. La mejor forma de honrar su memoria es redoblar la defensa de la dignidad humana dondequiera que esté amenazada.

Saludo calurosamente al Sr. Julian Hunte, que ha asumido la Presidencia de esta Asamblea en unos momentos especialmente graves de la historia de las Naciones Unidas. La comunidad internacional enfrenta enormes desafíos políticos, económicos y sociales que

exigen una reforma acelerada. Sólo de esa manera podrán nuestras decisiones y acciones colectivas pasar a ser realmente respetadas y eficaces.

En estos nueve meses como Presidente del Brasil he dialogado con líderes de todos los continentes. Percibo en mis interlocutores una fuerte preocupación por la defensa y el fortalecimiento del multilateralismo. El perfeccionamiento del sistema multilateral es una parte necesaria de la convivencia democrática en el seno de las naciones. Toda nación comprometida con la democracia en el plano interno debe velar por que, también en el plano externo, los procesos de adopción de decisiones sean abiertos, transparentes, legítimos y representativos. Las tragedias del Iraq y del Oriente Medio sólo podrán solucionarse en un marco multilateral en el que las Naciones Unidas tengan un papel central.

En el Iraq, el clima de inseguridad y las tensiones crecientes hacen todavía más complejo el proceso de reconstrucción nacional. La superación del punto muerto sólo podrá asegurarse bajo la dirección de la Naciones Unidas, no sólo en lo relativo al restablecimiento de condiciones de seguridad aceptables sino también en la dirección del proceso político con miras a la plena restauración de la soberanía iraquí en el plazo más breve posible. No podemos eludir nuestras responsabilidades colectivas. Quizá pueda ganarse una guerra sin la ayuda de nadie, pero no puede construirse una paz duradera sin el concurso de todos.

Dos años después, todavía perviven en nuestra memoria las imágenes del bárbaro atentado del 11 de septiembre. Hoy existe una loable disposición a adoptar formas más efectivas de luchar contra el terrorismo, contra las armas de destrucción en masa y contra la delincuencia organizada. No obstante, se observa una preocupante tendencia a desacreditar a nuestra Organización e, incluso, a despojar a las Naciones Unidas de su autoridad política. Sobre este punto no debe haber ninguna ambigüedad: las Naciones Unidas no fueron concebidas sólo para retirar los escombros de los conflictos que no puede evitar, por valioso que sea su trabajo humanitario. Nuestra tarea central es preservar a los pueblos del flagelo de la guerra y buscar soluciones negociadas basadas en los principios de la Carta de San Francisco. No podemos seguir confiando más en la acción militar que en las instituciones que creamos con visión histórica y a la luz de la razón.

La reforma de las Naciones Unidas se ha convertido en un imperativo debido a los riesgos que enfrenta el orden político internacional.

El Consejo de Seguridad debe recibir amplias facultades para hacer frente a las crisis y a las amenazas a la paz. Por consiguiente, debe contar con los instrumentos necesarios para una acción eficaz. Ante todo, sus decisiones deben ser vistas como legítimas por toda la comunidad de naciones. Su composición, en particular en lo que se refiere a los miembros permanentes, no puede continuar sin cambio alguno después de casi 60 años. Ya no podemos ignorar un mundo en mutación. De manera más específica, debe tomarse en cuenta la creciente presencia de los países en desarrollo en el escenario internacional. Ellos se han convertido en importantes interlocutores que con frecuencia desempeñan un papel crítico para garantizar la solución pacífica de las controversias.

El Brasil cree que puede hacer una contribución útil. No pretende abogar por una concepción exclusiva de la seguridad nacional sino más bien dar expresión a las percepciones y aspiraciones de una región que es hoy símbolo de coexistencia pacífica entre sus miembros y que es una fuerza para la estabilidad internacional. Dado el apoyo recibido tanto dentro como fuera de Sudamérica, el Brasil se siente animado a seguir abogando por un Consejo de Seguridad que refleje de mejor manera la realidad contemporánea.

También estamos a favor de un Consejo Económico y Social capaz de lograr un orden económico justo y equitativo. Es crucial que el Consejo Económico y Social recupere el papel que le asignaron los fundadores de la Organización. Queremos ver un Consejo Económico y Social que coopere activamente con el Consejo de Seguridad en la prevención de conflictos y en la consolidación de naciones.

A su vez, la Asamblea General debe fortalecerse políticamente de manera que se centre en las cuestiones prioritarias y evite la duplicación de esfuerzos. La Asamblea General ha desempeñado un papel históricamente importante al convocar grandes conferencias y otras reuniones sobre derechos humanos, el medio ambiente, las actividades en materia de población, los derechos de la mujer, la discriminación racial, el SIDA y el desarrollo social. Sin embargo, la Asamblea General no debe vacilar en asumir sus responsabilidades en el

mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. Nuestra Organización ha demostrado que existen alternativas jurídicas y políticas a la parálisis inducida por el veto y a las acciones que no cuenten con la aprobación multilateral.

La paz, la seguridad, el desarrollo y la justicia social son indivisibles. El Brasil se ha esforzado por practicar de la manera más constante los principios que defiende. La nueva relación que estamos forjando con nuestros vecinos sudamericanos se funda en el respeto mutuo, en la amistad y en la cooperación.

Estamos avanzando más allá de nuestra historia y geografía compartidas para crear un sentido único de parentesco y de alianza. En este contexto, nuestra relación con la Argentina sigue siendo crucial.

A Sudamérica y a América Latina se les percibe cada vez más como una región de paz, democracia y desarrollo que aspira a convertirse en un lugar de vanguardia para el crecimiento en una economía mundial que se está estancando.

Ya estamos fortaleciendo los ya importantes lazos que nos unen a asociados tradicionales en América del Norte y Europa, pero también queremos ampliar y diversificar nuestra presencia internacional. Nuestras relaciones con China y con la Federación de Rusia han revelado complementariedades inesperadas.

Nos sentimos muy orgullosos de ser el segundo país del mundo en población de descendencia africana. En noviembre, viajaré a cinco países del África meridional para fomentar la cooperación económica, política, social y cultural. Con el mismo objetivo, seremos también anfitriones de una reunión cumbre entre países sudamericanos y los países miembros de la Liga de los Estados Árabes. Con la India y Sudáfrica hemos establecido un foro trilateral para consultas políticas y proyectos conjuntos.

El proteccionismo practicado por los países ricos penaliza de manera injusta a los productores eficientes de los países en desarrollo. Hoy en día, ese es el mayor obstáculo al inicio de una nueva era de progreso económico y social. El Brasil y sus asociados en el Grupo de los 22, mantuvieron durante la cumbre de la OMC, en Cancún, que el objetivo crucial de abrir de manera eficaz los mercados puede lograrse mediante negociaciones pragmáticas, que se fortalezcan mutuamente como vía para lograr una verdadera apertura de los mercados. Reitero nuestra voluntad de seguir un cami-

no que converja hacia soluciones que beneficien a todos los países, tomando en cuenta los intereses de los países en desarrollo.

Estamos totalmente a favor del comercio libre siempre que todos podamos competir en pie de igualdad. La liberalización no debe requerir de los países el abandono de la prerrogativa de formular la política industrial, tecnológica, social y medioambiental. En el Brasil estamos estableciendo un nuevo marco en el que se equilibran la estabilidad económica y la inclusión social. Desde este punto de vista las negociaciones comerciales no constituyen un fin en sí mismas, sino más bien un medio para fomentar el desarrollo y superar la pobreza. El comercio internacional debe ser una herramienta no sólo para crear riqueza, sino también para su distribución.

Ante esta Asamblea realmente universal, reitero el llamamiento que hice en lo foros de Davos y de Porto Alegre, así como en la Cumbre ampliada del Grupo de los Ocho celebrada en Evian. Debemos librar —tanto política como materialmente— la única guerra de la que todos saldremos victoriosos: la guerra contra el hambre y la pobreza extrema.

La erradicación del hambre en el mundo es un imperativo moral y político y todos sabemos que es posible. Lo que se necesita realmente es voluntad política.

No quiero explayarme en los indicios de barbarie, prefiero más bien reconocer los progresos éticos y sociales aunque estos sean modestos. Sin embargo, no se pueden soslayar las estadísticas que exponen el terrible flagelo de la miseria extrema y el hambre en el mundo. El hambre hoy afecta a una cuarta parte de la población del mundo, incluidos 300 millones de niños. A diario, 24.000 personas caen víctimas de enfermedades relacionadas con la desnutrición.

Nada es más absurdo ni intolerable que la omnipresencia del hambre en el siglo XXI, edad de oro de la ciencia y la tecnología.

Cada día que pasa, la inteligencia humana amplía el horizonte de lo posible y alcanza logros prodigiosos. Sin embargo, el hambre persiste y, lo que es aun peor, se extiende en distintas regiones del mundo.

Mientras más parece que nos acercamos a lo divino a través de nuestras habilidades creativas, más traicionamos nuestras aspiraciones a través de nuestra incapacidad para respetar y proteger a nuestro prójimo. Mientras más celebramos a Dios generando riquezas,

más perjudicamos nuestros ideales al no compartirlas aunque sea en forma mínima.

¿De que sirve toda nuestra ciencia y nuestra tecnología y toda la abundancia y el lujo que ellas han generado, si no lo utilizamos para asegurar el más sagrado de los derechos, el derecho a la vida?

Recuerdo la aguda advertencia hecha por el Papa Juan Pablo VI hace 36 años pero que sigue siendo sorprendentemente pertinente “el pueblo hambriento del mundo dirige un ruego dramático a los ricos”.

El hambre es una emergencia y debe tratarse como tal. La erradicación del hambre es un reto de civilización que requiere que busquemos un camino más rápido y fácil hacia el futuro. ¿Actuaremos para eliminar el hambre o a través de la omisión renunciaremos a nuestra credibilidad? Ya no tenemos derecho a aseverar que no nos encontrábamos en casa cuando llamaron a nuestra puerta pidiendo solidaridad. No tenemos derecho a decir a los hambrientos, que tanto tiempo han esperado, que esperen otro siglo. El verdadero camino hacia la paz es combatir el hambre y la miseria sin tregua en una campaña de solidaridad que una al planeta en lugar de profundizar más en las divisiones y el odio que enardecen a los pueblos y siembran el terror.

A pesar del fracaso de sistemas que favorecen la generación de riqueza sin reducir la pobreza extrema, mucha gente persiste en su corta visión y su codicia.

Desde mi toma de posesión como Presidente del Brasil el 1º de enero, se ha logrado un progreso significativo en el frente económico. La estabilidad ha regresado y se han sentado las bases para un ciclo de crecimiento sostenido. Seguiremos trabajando arduamente para equilibrar las cuentas públicas y para reducir la vulnerabilidad externa. No escatimaremos esfuerzos para aumentar las exportaciones, aumentar el índice de ahorro, atraer la inversión extranjera y comenzar nuevamente a crecer.

Sin embargo, al mismo tiempo debemos luchar por hacer frente a la escasez en materia de alimentos, puestos de trabajo, educación y servicios de salud que padecen millones de brasileños que viven por debajo de la línea de la pobreza. Estamos comprometidos a llevar a cabo una importante reforma social en el país.

El hambre es la expresión más dramática y urgente de un desequilibrio estructural que es necesario corregir mediante políticas integradas que fomenten la plena ciudadanía. Por ello lancé en el Brasil el progra-

ma “cero hambre”. Trata de lograr la erradicación del hambre y sus causas profundas en el menor tiempo posible mediante el fomento de una mayor solidaridad y de programas de amplio alcance que reúnen al Gobierno, la sociedad civil y el sector privado. Los resultados de estas medidas de emergencia y estructurales ya están beneficiando a cuatro millones de personas a las que anteriormente se les había denegado el derecho básico a una comida diaria. El objetivo de este programa es garantizar que para fines de mi mandato ningún brasileño pase hambre.

Las Naciones Unidas adoptaron los tan aclamados objetivos de desarrollo del Milenio. La Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación dispone de pericia técnica y social extraordinarias pero tenemos que dar un salto cualitativo en el empeño mundial de la lucha contra el hambre. Por ello propuse crear el fondo mundial para la lucha contra el hambre y sugerí medios para hacerlo operativo. Se han hecho otras propuestas, algunas de las cuales ya están integradas en los programas de las Naciones Unidas ya existentes.

Lo que ha faltado hasta ahora es la indispensable voluntad política de todos nosotros, especialmente los países en condición de contribuir más. El crear nuevos fondos no sirve de nada si no se asignan recursos a esos fondos. Los objetivos de desarrollo del Milenio son muy valiosos, pero si permanecemos pasivos, si nuestro comportamiento colectivo sigue sin cambiar, esos objetivos quizás no se materialicen nunca y la frustración que de ello se desprenda será inmensa.

Ahora más que nunca, las buenas intenciones deben dar lugar a gestos concretos. Debemos hacer que los compromisos se conviertan en realidades. Debemos practicar lo que predicamos, con audacia y buen tino, con los pies anclados en la tierra, pero con valentía, aplicando nuevos métodos y soluciones, y con una amplia participación social.

Por ello presento a examen ante esta Asamblea la propuesta de establecer, en el marco de las propias Naciones Unidas, un comité mundial de lucha contra el hambre. Estaría compuesto por los Jefes de Estado o de Gobierno de todos los continentes con el objetivo de unificar y hacer operativas las propuestas. Esperamos atraer donaciones de países desarrollados y en vías de desarrollo según sus capacidades, así como de grandes empresas privadas y de organizaciones no gubernamentales.

La experiencia de mi vida y la historia política me han enseñado a creer ante todo en el poder del diálogo. Jamás olvidaré la inapreciable lección de Gandhi: cuando de la violencia parece surgir algo bueno, este bien, en el mejor de los casos, es de corta duración, mientras que el mal que produce es duradero. El diálogo democrático es el utensilio más eficaz para el cambio. La misma determinación que impregna mis esfuerzos y los de mis aliados para hacer que la sociedad brasileña sea más justa y más humana la invertiré en la creación de alianzas internacionales que fomenten el desarrollo equitativo y un mundo más amante de la paz, tolerante y unido.

A este siglo, tan lleno de promesa tecnológica y material, no debe permitírsele deslizarse por la decadencia política y espiritual. Tenemos la obligación de moldear, bajo el fortalecido liderazgo de las Naciones Unidas, un clima internacional de paz y conciliación. La verdadera paz florecerá de la democracia, del respeto al derecho internacional, del desmantelamiento de los arsenales de armas mortíferas y, ante todo, de la erradicación definitiva del hambre en el mundo.

No podemos permitirnos frustrar esas grandes esperanzas. El reto mayor y más noble que enfrenta la humanidad es precisamente el hacerse más humana. Ha llegado el momento de darle a la paz su verdadero nombre: justicia social.

Estoy convencido de que juntos podremos aprovechar esta histórica oportunidad de lograr la justicia.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, deseo dar las gracias al Presidente de la República Federativa del Brasil por la declaración que acaba de formular.

El Sr. Luiz Inácio Lula da Silva, Presidente de la República Federativa del Brasil, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

Discurso del Sr. George W. Bush, Presidente de los Estados Unidos de América

El Presidente (*habla en inglés*): la Asamblea escuchará ahora un discurso del Excmo. Presidente de los Estados Unidos de América.

El Sr. George W. Bush, Presidente de los Estados Unidos de América, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Excmo. Sr. George W. Bush, Presidente de los Estados Unidos de América, a quien invito a dirigirse a la Asamblea.

El Presidente Bush (*habla en inglés*): Hace 24 meses, y ayer en la memoria de los Estados Unidos, el centro de la ciudad de Nueva York se convirtió en un campo de batalla, y en un cementerio, y en el símbolo de una guerra inacabada. Desde ese día, los terroristas han golpeado en Bali, en Mombasa, en Casablanca, en Riyad, en Yakarta, en Jerusalén, midiendo los avances de su causa de acuerdo con el caos y el sufrimiento de los inocentes que dejan atrás.

El mes pasado, los terroristas trajeron su guerra a las propias Naciones Unidas. La sede de las Naciones Unidas en Bagdad representaba el orden y la compasión. Por esa razón, los terroristas decidieron que debía ser destruida. Entre las 22 personas que murieron estaba Sergio Vieira de Mello. Por decenios, ese hombre bueno y valiente de Brasil proporcionó ayuda a los damnificados en Bangladesh, Chipre, Mozambique, Líbano, Camboya, África central, Kosovo y Timor-Leste, y estaba ayudando al pueblo del Iraq en sus momentos de necesidad. Los Estados Unidos de América se unen a ustedes, sus colegas, para honrar la memoria del Sr. Sergio Vieira de Mello y la memoria de quienes murieron con él al servicio de las Naciones Unidas.

Por las víctimas que buscan y los medios que utilizan, los terroristas nos han hecho saber la lucha en la que nos encontramos. Los que matan a quienes prestan socorro se han colocado contra toda la humanidad. Quienes incitan a la matanza y celebran el suicidio revelan su desprecio por la vida misma. No tienen lugar en fe religiosa alguna, no pueden contar con la simpatía del mundo y no deberían tener ningún amigo en este Salón.

Los acontecimientos durante los dos últimos años nos han planteado la más clara de las líneas divisorias: la línea divisoria entre quienes buscan el orden y quienes propagan el caos; entre los que se empeñan en los cambios pacíficos y los que adoptan métodos de gángster; y entre quienes respetan los derechos del hombre y quienes, de manera deliberada, cobran las vidas de hombres, mujeres y niños sin piedad ni vergüenza.

Entre esas alternativas no hay terreno neutral. Todos los gobiernos que apoyan el terror son cómplices en la guerra contra la civilización. Ningún gobierno debería ignorar la amenaza del terror, porque el desentenderse de ella les da a los terroristas la oportunidad de reagruparse, reclutar y prepararse. Todas las naciones que luchan contra el terror como que si las vidas de sus propias poblaciones dependieran de ello se harán merecedoras del juicio favorable de la historia.

Los gobiernos anteriores del Afganistán y del Iraq conocían esas alternativas e hicieron su selección. Los talibanes eran patrocinadores del terrorismo y le servían. Cuando se les enfrentó, ese régimen escogió el desafío y ya no existe más. El Presidente del Afganistán, aquí presente, representa ahora un pueblo libre que construye una sociedad decente y justa. Construyen una nación plenamente unida a la lucha contra el terror.

El régimen de Saddam Hussein cultivaba nexos con el terror, al tiempo que fabricaba armas de destrucción en masa. Utilizó tales armas en actos de matanza y se rehusó a rendir cuentas acerca de esas armas cuando el mundo lo enfrentó. El Consejo de Seguridad tenía razón al exigir que el Iraq destruyera sus armas ilícitas y que probara que las había destruido. El Consejo de Seguridad tenía razón al declarar que habría graves consecuencias si el Iraq se rehusaba a cumplir. Y debido a que hubo consecuencias, porque una coalición de naciones actuó para defender la paz y la credibilidad de las Naciones Unidas, el Iraq es libre y hoy se unen a nosotros los representantes de un país liberado.

Se han retirado los monumentos de Saddam Hussein y no han sido solamente sus estatuas. Los verdaderos monumentos de su gobierno y de su carácter, que eran las cámaras de tortura, los cuartos donde se realizaban las violaciones sexuales y las celdas en las cárceles para niños inocentes, están cerrados. Y al descubrir los campos de muerte y las fosas comunes en el Iraq, se revela la verdadera escala de la crueldad de Saddam.

El pueblo iraquí encuentra dificultades y desafíos, como cualquier otra nación que se ha encaminado por la senda de la democracia. Sin embargo, su futuro promete vidas de dignidad y libertad, y eso está muy lejos de la tiranía viciosa y escuálida que el pueblo ha conocido. A todo lo ancho del Iraq la vida mejora con la libertad. En todo el Oriente Medio los pueblos gozan de mayor seguridad porque se ha removido del poder a un

agresor inestable. En todo el mundo, las naciones están más seguras porque ha caído un aliado del terror.

Nuestras acciones en el Afganistán y en el Iraq fueron apoyadas por muchos gobiernos, y los Estados Unidos están agradecidos a cada uno de ellos. También reconozco que algunas de las naciones soberanas de la Asamblea estuvieron en desacuerdo con nuestras acciones. No obstante, hubo y sigue habiendo unidad entre nosotros sobre los principios y objetivos fundamentales de las Naciones Unidas. Estamos comprometidos con la defensa de nuestra seguridad colectiva y con el avance de los derechos humanos. Esos compromisos permanentes nos llaman a grandes tareas en el mundo, tareas que debemos realizar juntos. Por lo tanto, avancemos. En primer lugar, debemos respaldar a las poblaciones del Afganistán y del Iraq ahora que construyen países libres y estables. Los terroristas y sus aliados tienen temor de estos avances y luchan contra ellos, sobre todo porque los pueblos libres abrigan esperanzas y no resentimientos y escogen la paz y no la violencia.

Las Naciones Unidas han sido amigas del pueblo afgano, distribuyendo alimentos y medicinas, ayudando al regreso de los refugiados a sus hogares, asesorando sobre una nueva constitución y ayudando a preparar el camino para las elecciones en todo el país. La Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN) se ha hecho cargo de la fuerza de seguridad con mandato de las Naciones Unidas en Kabul. Las fuerzas estadounidenses y de la coalición siguen rastreando y derrotando a los terroristas de Al-Qaida y a los restos de los talibanes. Prosiguen nuestros esfuerzos por reconstruir ese país. Recientemente propuse gastar 1.200 millones de dólares adicionales para los esfuerzos de reconstrucción del Iraq y exhorto a otras naciones a seguir contribuyendo a esa importante causa.

En la nación iraquí, las Naciones Unidas desempeñan tareas esenciales y eficaces todos los días. A finales de 2004, más del 90% de los niños iraquíes menores de 5 años habrán sido vacunados contra enfermedades prevenibles, tales como la poliomielitis, la tuberculosis y el sarampión, gracias al duro trabajo y los altos ideales del UNICEF. El sistema de distribución de alimentos en el Iraq funciona, haciendo llegar cerca de medio millón de toneladas de alimentos al mes, gracias a las capacidades y la especialización del Programa Mundial de Alimentos.

Nuestra coalición internacional en el Iraq cumple con sus responsabilidades. Conducimos ataques precisos contra los terroristas y contra los reductos del antiguo régimen. Esos asesinos están en guerra con el pueblo iraquí. Ellos han hecho del Iraq el frente central de la guerra en torno al terror. Y serán derrotados. Nuestra coalición se ha asegurado de que el ex dictador del Iraq jamás vuelva a utilizar armas de destrucción en masa. Ahora estamos entrevistando a ciudadanos iraquíes y analizando los registros del antiguo régimen para dar a conocer el alcance total de sus programas de armas y de su campaña de engaños. Estamos adiestrando a la policía, los guardias fronterizos y un nuevo ejército del Iraq, de manera que el pueblo iraquí pueda asumir la plena responsabilidad de su propia seguridad.

Al mismo tiempo, nuestra coalición está ayudando a mejorar la vida cotidiana del pueblo iraquí. El antiguo régimen construía palacios y dejaba que las escuelas se derrumbaran, así que nosotros estamos reconstruyendo más de un millar de escuelas. El antiguo régimen privaba a los hospitales de recursos, así que nosotros hemos ayudado a reabastecer y reabrir hospitales en todo el Iraq. El antiguo régimen creaba ejércitos y acumulaba armas mientras permitía que la infraestructura de la nación se desmoronara, así que estamos rehabilitando plantas de energía e instalaciones de agua y saneamiento, puentes y aeropuertos. He propuesto al Congreso que los Estados Unidos brinden financiación adicional para nuestra labor en el Iraq, el mayor compromiso financiero de este tipo desde el Plan Marshall.

Tras haber ayudado a liberar al Iraq, cumpliremos con nuestras promesas al Iraq y, al ayudar al pueblo iraquí a construir un país estable y pacífico, haremos que nuestros propios países sean más seguros.

La meta principal de nuestra coalición en el Iraq es la autonomía de gobierno para el pueblo iraquí, a la que se habrá de llegar por un proceso ordenado y democrático. Ese proceso debe desarrollarse de acuerdo a las necesidades de los iraquíes, sin apresurarse ni retardarse por los deseos de otras partes. Y las Naciones Unidas pueden contribuir en gran medida a la causa de la autonomía iraquí.

Los Estados Unidos están trabajando con amigos y aliados en la relación de una nueva resolución del Consejo de Seguridad en virtud de la cual se ampliará el papel que desempeñan las Naciones Unidas en el Iraq. Al igual que al final de otros conflictos, las Na-

ciones Unidas deben ayudar a elaborar una constitución, formar a la administración civil y llevar a cabo elecciones libres e imparciales. El Iraq tiene ahora un Consejo de Gobierno, la primera institución verdaderamente representativa de ese país. Los nuevos dirigentes del Iraq están demostrando la apertura y tolerancia que requiere la democracia, y también están dando pruebas de valor. Sin embargo, toda democracia incipiente necesita la ayuda de amigos. Ahora, la nación del Iraq necesita y merece nuestra ayuda, y todas las naciones de buena voluntad deberían prestarse a brindar ese apoyo.

El éxito de un Iraq libre será observado atentamente en toda la región. Millones se darán cuenta de que la libertad, la igualdad y el progreso material son posibles en el corazón del Oriente Medio. Los gobernantes de la región tendrán la prueba más clara de que las instituciones libres y las sociedades abiertas son el único camino para alcanzar el bienestar y la dignidad nacionales a largo plazo. Y un Oriente Medio transformado beneficiaría a todo el mundo al poner en entredicho las ideologías que exportan la violencia a otras tierras.

El Iraq como dictadura tenía un gran poder para desestabilizar al Oriente Medio. El Iraq como democracia tendrá el gran poder de inspirar al Oriente Medio. El adelanto de instituciones democráticas en el Iraq está dando un ejemplo que otros, inclusive el pueblo palestino, harían bien en seguir. La causa palestina es traicionada por dirigentes que se aferran al poder alimentando antiguos odios y destruyendo la buena labor de otros. El pueblo palestino merece su propio Estado. Ganarán ese Estado aceptando a nuevos líderes que se comprometan a la reforma, a luchar contra el terrorismo y a cultivar la paz.

Todas las partes en el Oriente Medio deben cumplir con sus responsabilidades y con los compromisos que asumieron en Aqaba. Israel debe luchar para crear las condiciones que permitan el surgimiento de un Estado palestino pacífico. Las naciones árabes deben cortar la financiación y demás apoyo a las organizaciones terroristas. Los Estados Unidos colaborarán con todas las naciones de la región que obren con audacia en aras de la paz.

Un segundo desafío que debemos enfrentar juntos es la proliferación de las armas de destrucción en masa. Los regímenes proscritos que poseen armas nucleares, químicas y biológicas y los vectores para su

lanzamiento podrían valerse del chantaje y llevar el caos a regiones enteras. Esas armas podrían ser utilizadas por terroristas para crear desastres súbitos y causar sufrimientos en una escala que apenas podemos imaginar. La mortífera combinación de regímenes proscritos, redes terroristas y armas de destrucción en masa constituye un peligro que no se puede pasar por alto o desconocer. Si se permite que ese peligro se materialice plenamente, todas las palabras y todas las protestas llegarán demasiado tarde.

Las naciones del mundo deben tener la sabiduría y la voluntad de detener las amenazas graves antes de que surjan. Una medida crucial es resguardar los materiales más peligrosos en su origen. Durante más de un decenio, los Estados Unidos han trabajado con Rusia y otros Estados de la ex Unión Soviética para desmantelar, destruir o poner a buen recaudo armas y materiales peligrosos que han quedado como restos de otra era.

El año pasado en el Canadá las naciones del Grupo de los Ocho convinieron en conceder hasta 20.000 millones de dólares, la mitad procedente de los Estados Unidos, para combatir este riesgo de proliferación en los próximos 10 años. Desde entonces, otros seis países se han sumado a ese esfuerzo. Se requiere más, e insto a otras naciones a que nos ayuden a conjurar ese peligro.

También estamos mejorando nuestra capacidad de interceptar materiales peligrosos en tránsito. A través de nuestra Iniciativa de seguridad contra la proliferación, 11 naciones se están preparando para registrar aviones, barcos, trenes y camiones que puedan llevar carga sospechosa y confiscar armas o misiles que planteen posibilidades de proliferación. Estas naciones han convenido en un conjunto de principios de interdicción que concuerdan con las autorizaciones jurídicas actuales, y estamos procurando extender la Iniciativa de seguridad contra la proliferación a otros países. Nos hallamos decididos a mantener las armas más destructivas del mundo lejos de todas nuestras costas y fuera de las manos de nuestros enemigos comunes.

Debido a que quienes contribuyen a la proliferación utilizarán cualquier ruta o conducto que se les abra, necesitamos la mayor cooperación posible para detenerlos. Hoy pido al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que apruebe una nueva resolución contra la proliferación. En esa resolución se pediría a todos los Miembros de las Naciones Unidas que tipifiquen la proliferación de armas de destrucción en masa, instauren controles estrictos de exportación de acuerdo

con normas internacionales y guarden en un lugar seguro todos los materiales peligrosos en sus propias fronteras. Los Estados Unidos están dispuestos a ayudar a cualquier nación a redactar estas nuevas leyes y a asistirlas para que se cumplan.

Un tercer desafío que compartimos es el de interpellar a nuestra conciencia. Debemos obrar con determinación para hacer frente a las crisis humanitarias de nuestro tiempo. Los Estados Unidos han comenzado a poner en práctica el Plan de emergencia para el socorro en casos de SIDA, que apunta a prevenir el SIDA en una escala masiva y a tratar a los millones que ya tienen esta enfermedad. Hemos prometido 15.000 millones de dólares en un plazo de cinco años para luchar contra el SIDA en todo el mundo.

Mi país está actuando también para salvar vidas contrarrestando el hambre. Estamos suministrando más de 1.400 millones de dólares en asistencia alimentaria mundial de emergencia, y he solicitado a nuestro Congreso estadounidense 200 millones destinados a un nuevo fondo contra el hambre para poder obrar con premura cuando aparezcan los primeros signos de una hambruna. Todas las naciones en todos los continentes deben aunar generosamente sus recursos para combatir la enfermedad y la hambruna desesperada.

Hay otra crisis humanitaria que se está extendiendo, aunque permanece oculta. Se calcula que cada año unos 900.000 seres humanos son comprados, vendidos o forzados a atravesar las fronteras mundiales. Entre ellos se cuentan cientos de miles de niñas adolescentes y otras de incluso cinco años de edad que caen víctimas del comercio sexual. Este comercio en vidas humanas genera miles de millones de dólares anuales, gran parte de los cuales se utilizan para financiar el delito organizado. Hay una forma particular de maldad en el abuso y la explotación de los más inocentes y vulnerables. Las víctimas del comercio sexual han visto poco de la vida antes de ver lo peor de ella: un submundo de brutalidad y temor solitario. Quienes crean estas víctimas y lucran con su sufrimiento deben recibir un castigo severo. Quienes patrocinan esta industria se envilecen a sí mismos y profundizan el sufrimiento de otros, y los gobiernos que toleran este negocio toleran una forma de esclavitud.

Este problema ha aflorado en mi propio país y trabajamos para detenerlo. La *Protect Act*, que firmé este año, tipifica como delito la entrada de cualquier persona a los Estados Unidos o la salida de cualquier

ciudadano al exterior con el objetivo de realizar actividades de turismo sexual en que participen niños. El Departamento de Justicia está investigando activamente a los operadores de turismo sexual y sus clientes, quienes pueden encarar condenas de hasta 30 años de privación de libertad con arreglo a la *Trafficking Victims Protection Act*. Los Estados Unidos están recurriendo al uso de sanciones contra los gobiernos para desalentar el tráfico de seres humanos.

Las víctimas de esta industria también necesitan ayuda de los Miembros de las Naciones Unidas. Esto comienza por la existencia de normas claras y la certeza de que habrá un castigo con arreglo a las leyes de todos los países. Hoy día, algunos países tipifican como delito el abuso sexual de los niños en el exterior. Esa conducta debe considerarse un delito en todas las naciones. Los gobiernos deberían informar a los viajeros de los daños que ocasiona esta industria y de los severos castigos que se impondrán a sus clientes. El Gobierno de los Estados Unidos se compromete a asignar 15 millones de dólares para apoyar el buen trabajo de las organizaciones que rescatan a las mujeres y los niños de la explotación y les proporcionan refugio, tratamiento médico y la esperanza de una nueva vida. Insto a otros gobiernos a que hagan su parte.

Debemos mostrar nuevas energías en la lucha contra un viejo mal. Casi dos siglos después de la abolición de la trata de esclavos trasatlántica y más de un siglo después de la abolición oficial de la esclavitud en sus últimos bastiones, no debe permitirse por ningún motivo que el tráfico de seres humanos florezca en nuestra era.

Todos los retos a los que me he referido esta mañana requieren atención urgente y claridad moral. Ayudar al Afganistán y al Iraq a triunfar como naciones libres en una región transformada, eliminar las vías de la proliferación, abolir las formas de esclavitud modernas, son el tipo de grandes tareas para las que se fundaron las Naciones Unidas. En cada uno de los casos se precisa un debate cuidadoso y una acción decisiva. Nuestras buenas intenciones sólo se reconocerán si logramos buenos resultados. Como signatario original de la Carta de las Naciones Unidas, los Estados Unidos de América están comprometidos con las Naciones Unidas y demostramos ese compromiso mediante nuestro trabajo para cumplir los objetivos expresos de la Organización y dar significado a sus ideales.

La Carta de las Naciones Unidas y la Constitución de los Estados Unidos siguen una misma tradi-

ción. En ambas se establece que los seres humanos no deben reducirse nunca a objetos de poder o de comercio, porque su dignidad les es inherente. En ambas se reconoce una ley moral, que está por encima de los hombres y las naciones, pero que los hombres y las naciones deben defender y aplicar. En ambas se señala el camino de la paz, la paz que llega cuando todos son libres. Aseguramos esa paz con nuestro valor, y juntos debemos mostrar ese valor.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, quiero dar las gracias al Presidente de los Estados Unidos de América por la declaración que acaba de formular.

El Sr. George W. Bush, Presidente de los Estados Unidos de América, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

Discurso del Sr. Alejandro Toledo Manrique, Presidente de la República del Perú

El Presidente (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará un discurso del Presidente de la República del Perú.

El Sr. Alejandro Toledo Manrique, Presidente del Perú, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de la República del Perú, Excmo. Sr. Alejandro Toledo Manrique, a quien invito a dirigirse a la Asamblea General.

El Presidente Toledo Manrique: El Perú no tiene dudas de que el multilateralismo es el mejor instrumento para encarar los desafíos globales y para garantizar la paz y la seguridad internacionales. Por ello, las Naciones Unidas son indispensables. Todos los Estados Miembros tenemos que tener la convicción para fortalecerla y contribuir a una reingeniería institucional y reformarla. Con las Naciones Unidas reformuladas, continuaremos nuestra lucha contra la pobreza; seremos vigilantes de la agenda del desarrollo del mundo; afianzaremos la democracia, y combatiremos decididamente el narcotráfico y el terrorismo internacional.

Los ataques terroristas que suceden en distintas partes del mundo y las amenazas a la paz en varias regiones generan un ambiente internacional de inestabilidad e inseguridad que exige urgentes soluciones. El terrorismo conspira contra las democracias del mundo.

El terrorismo conspira contra la salud de la economía mundial. El terrorismo contribuye a que los pobres sean más pobres. El Perú condena enérgicamente el atentado terrorista a la sede de las Naciones Unidas en Bagdad y rinde un sincero homenaje a todas las víctimas, en especial a Sergio Vieira de Mello, Representante Especial del Secretario General de las Naciones Unidas.

No podemos aceptar el terrorismo como instrumento político. En nuestro caso, es una dura lección que nos ha dejado Sendero Luminoso, tras 20 años de violencia, con un costo de más de 30.000 millones de dólares y miles de miles de muertos, como ya queda registrado en el informe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, que recientemente ha recibido mi Gobierno. Este informe es el resultado de una política deliberada de nuestro Gobierno destinada a que nunca más el Perú vuelva a enfrentar la acción irracional del terror.

La verdad debe ser también un medio para evitar la impunidad y debe ser un medio para conducirnos a la reconciliación, pero con justicia. Mi Gobierno lucha frontalmente contra la impunidad. Por ello, considera que los prófugos que huyeron del Perú a la caída del régimen corrupto de la década pasada deben responder ante la justicia por la comisión de graves delitos. Aseguramos a estas personas un juicio justo y las plenas garantías del debido proceso, en el marco de la Convención Interamericana sobre Derechos Humanos y de las leyes peruanas.

Por eso esperamos que nuestras solicitudes de extradición sean atendidas. Los Estados democráticos tienen la obligación de evitar la impunidad. En ese sentido, el Estado peruano quiere desde esta magna Asamblea agradecer a los 20 países amigos que han expresado su decisión de detener a quien hoy encabeza la lista de extraditables, si es que éste llega a su territorio.

La pobreza, la exclusión social y las ideologías fundamentalistas son algunas de las causas asociadas a las crisis actuales. Las esperanzas de nuestros países son de lograr una globalización inclusiva. A pesar de que algunos logros se han obtenido a nivel nacional, todavía queda un largo trecho por recorrer para construir una globalización incluyente. Por ejemplo, en el caso peruano, a pesar de un entorno económico adverso, nuestra economía creció el año pasado en más del 5%, una de las tasas más altas en América Latina. Las tasas de inflación están por debajo del 1%, las reservas

internacionales están llegando a su máximo nivel, las exportaciones están creciendo a tasas sin precedentes.

Sin embargo, debo confesar que todos estos indicadores no bastan cuando se trata de que la gente común y corriente sienta en sus bolsillos los beneficios de esos logros macroeconómicos. Hoy es necesario que la economía global alcance un crecimiento promedio de entre 6% y 7% que permita reducir la pobreza y generar empleo. Si crecemos al 6% y 7% en el mundo en desarrollo, particularmente en América Latina, ello nos permitiría apenas recuperar el ingreso per cápita de 1970. Y esto hay que hacerlo lo antes posible. Los pobres no pueden esperar 15 años más para que las economías crezcan de manera sostenida y que permitan la reducción de la pobreza.

La gobernabilidad democrática en América Latina está en riesgo. No hay duda de que existe una relación entre la salud de la economía mundial, la inclusión social y la gobernabilidad democrática. Los líderes no podemos cerrar los ojos: no hay gobernabilidad posible sin reducción de la pobreza. Debemos ser creativos, tener el coraje para que las exigencias macroeconómicas de Wall Street se crucen con las expectativas de Main Street.

El año pasado, en esta magna Asamblea, expuse la necesidad de defender la democracia de las turbulencias del mercado, creando mecanismos financieros innovadores. Dijimos que había llegado el momento de construir un nuevo consenso global, que reafirme la democracia y que revalorice el desarrollo con equidad social. Desde entonces, el Perú ha venido trabajando en una serie de iniciativas. En este mayo pasado, 19 democracias de América Latina y el Caribe, miembros del Grupo de Río —que tengo el privilegio de presidir— aprobamos un importante documento que hemos denominado el “Consenso de Cuzco”. Este documento recoge cuatro propuestas peruanas sobre mecanismos financieros innovadores que permitan financiar la gobernabilidad democrática de la región, que permitan incrementar la inversión pública en carreteras, en hospitales, en escuelas, que generen trabajo y que acompañen a la inversión privada.

Con relación a una de esas iniciativas, en agosto pasado, junto con el Presidente del Brasil, Luiz Inácio Lula da Silva, decidimos trabajar para concretar el proyecto de la Autoridad Sudamericana de Infraestructura (ASI), como agencia fiduciaria que facilite el financiamiento de proyectos que permitan la integración

sudamericana. Yo estoy seguro de que estas experiencias se pueden replicar en otras partes del mundo.

Asimismo, hemos suscrito un Memorándum de Entendimiento sobre Integración Física y Económica a fin de poner en ejecución tres ejes de integración de desarrollo del Perú, Bolivia, Brasil, Ecuador, en camino hacia una integración de Sudamérica. Consecuente con esto, el Perú suscribió un acuerdo conducente a la creación de un área de comercio con el MERCOSUR.

Aquí, desde esta tribuna internacional, reiteramos que estos afanes y logros en la integración son pasos decisivos en el camino de construir una Comunidad Sudamericana de Naciones. Sin embargo, deseo señalar que, más allá de las decisiones que tomemos dos o más países de la subregión, será indispensable que la comunidad internacional se comprometa con las iniciativas que surjan como producto de un esfuerzo de reflexión creativa.

Los países en desarrollo observan con preocupación que en muchos de nuestros países se registra un incremento de la vulnerabilidad externa, fruto de la inestabilidad de los flujos financieros y su impacto sobre el nivel de inversión y del crecimiento económico en nuestras regiones. También se percibe el proteccionismo comercial, particularmente por parte de algunas naciones industrializadas.

Quiero ser franco: les pedimos a los países industrializados que no nos exijan a nosotros la apertura de nuestros mercados mientras ellos protegen sus productos con miles de miles de millones de dólares de subsidios al año, particularmente en el sector agropecuario. Nuestros países ya no pueden soportar una relación asimétrica en el terreno comercial. Ha llegado el momento de construir una autopista comercial de doble vía, más transparente, más previsible. Nos piden que nosotros abramos nuestros mercados en el sector agropecuario y existen países que invierten 1.000 millones de dólares al día para subsidiar sus productos. No nos pidan a nosotros que practiquemos algo que ustedes no hacen. Nuestros países tienen conciencia de que tenemos que ser competitivos, pero tenemos que construir esa autopista comercial de doble vía.

Son motivo de especial preocupación para el Perú los negativos resultados de la reciente Conferencia Ministerial de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en Cancún que, pese a algunos avances, no pudo lograr consenso. El Perú tiene una marcada vocación por el multilateralismo y el libre comercio y, por

ello, confiamos en que en los próximos meses se retorne a las negociaciones a fin de que se hagan realidad los objetivos trazados en Doha, y que colocaron el tema del desarrollo en el centro de la agenda de la OMC.

Tenemos la obligación de construir un mundo más justo, más seguro y más humano. Por ello, les pido a las Naciones Unidas hoy día y a nuestro amigo de la paz, su Secretario General Kofi Annan, que en uso de su alta autoridad y prestigio promuevan con el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Interamericano de Desarrollo y los países miembros del Grupo de los Ocho un amplio debate sobre mecanismos financieros innovadores, que permita financiar la gobernabilidad democrática de la región, que permita incrementar la inversión pública en escuelas, hospitales, carreteras, que generen trabajo y acompañen a la inversión privada. Sólo así la globalización será incluyente y la gobernabilidad se verá fortalecida.

Que Dios bendiga la paz en el mundo.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, quisiera dar las gracias al Presidente de la República del Perú por el discurso que acaba de formular.

El Sr. Alejandro Toledo Manrique, Presidente de la República del Perú, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

Discurso del Sr. Jacques Chirac, Presidente de la República Francesa

El Presidente (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de la República Francesa.

El Sr. Jacques Chirac, Presidente de la República Francesa, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Excmo. Sr. Jacques Chirac, Presidente de la República Francesa, y lo invito a que se dirija a la Asamblea General.

El Presidente Chirac (*habla en francés*): Sergio Vieira de Mello era la honra de las Naciones Unidas. Asesinado el 19 de agosto junto con sus colaboradores, seguirá presente en nuestra memoria. Los invito a que dediquemos este período de sesiones a ese gran servidor del mundo y de la paz.

Las Naciones Unidas acaban de pasar por una de las pruebas más difíciles de su historia. El respeto de la Carta y el uso de la fuerza han sido objeto de debate. Iniciada sin autorización del Consejo de Seguridad, la guerra quebrantó el sistema multilateral.

Una vez asumida esta crisis, nuestra Organización reemprende ahora su camino hacia delante, puesto que ante todo es en este recinto, crisol del orden internacional, donde nos corresponde ejercer nuestra responsabilidad con respecto al mundo y ante las generaciones futuras.

En un mundo abierto, nadie puede aislarse, nadie puede actuar en nombre de todos y nadie puede aceptar la anarquía de una sociedad sin normas.

No existe alternativa para las Naciones Unidas. Pero, a fin de responder a los desafíos de hoy, esta elección fundamental expresada en la Carta exige una profunda reforma de nuestra Organización.

El multilateralismo es esencial, ya que asegura la participación de todos en la gestión de los asuntos del mundo. Es una garantía de la legitimidad y la democracia, en particular cuando se trata de decidir sobre el recurso a la fuerza o de promulgar normas universales.

El multilateralismo es eficaz, ya que permitió tanto en Monterrey como en Johannesburgo rebasar los enfrentamientos Norte-Sur y abrir la vía para el desarrollo de asociaciones portadoras de esperanza, en particular con el continente africano.

El multilateralismo es moderno, ya que es el único que permite una comprensión de los problemas contemporáneos en su globalidad y su complejidad.

En primer lugar, me referiré a la solución de los conflictos que amenazan la paz y la seguridad internacionales.

En el Iraq, la entrega de la soberanía a los iraquíes, quienes deben ser los únicos responsables de su destino, es indispensable para la estabilidad y la reconstrucción. Corresponde a las Naciones Unidas darle legitimidad a este proceso, asistir en la transferencia progresiva de las responsabilidades administrativas y económicas a las instituciones iraquíes actuales según un calendario realista y ayudar a la elaboración de una Constitución por los iraquíes y a la celebración de elecciones generales.

Por último, corresponde también a las Naciones Unidas dar mandato a una fuerza internacional, natu-

ralmente bajo las órdenes del principal contribuyente de tropas, es decir, los Estados Unidos, con el fin de garantizar la seguridad del Iraq y de todos aquellos que contribuyen a la reconstrucción del país.

Así, la comunidad internacional y el pueblo iraquí unidos alrededor de un proyecto común pondrán fin juntos a los decenios trágicos de la historia de ese gran país.

En el Oriente Medio, minado por la desesperanza y el odio, sólo una voluntad política resuelta a aplicar por ambas partes el derecho tal y como lo enunciaron las Naciones Unidas abrirá la vía a una solución justa y duradera.

La comunidad internacional debe restablecer una dinámica de paz y participar en la aplicación de la hoja de ruta. Esa debe ser la ambición de la próxima reunión del Cuarteto a nivel ministerial. Francia estima que el mecanismo de supervisión conserva toda su vigencia y que la reunión de la conferencia internacional es una meta que se debe alcanzar lo antes posible.

En la situación de tensión presente, Francia hace un llamamiento a las partes para que no caigan en la tentación de la confrontación y de una radicalización sin salida.

Otro gran desafío es la lucha contra el terrorismo internacional, la cual está bien emprendida bajo la égida del Consejo de Seguridad y en el marco de los tratados. El horror del 11 de septiembre afianzó nuestra determinación común. Esta amenaza tiene la mira puesta en el corazón de nuestras democracias y sociedades. Combatimos el terrorismo con las armas; pero no es suficiente, renacerá sin cesar mientras dejemos prosperar el extremismo y el fanatismo, mientras ignoremos que toma como pretexto los conflictos no resueltos y los desequilibrios económicos y sociales del mundo.

Frente a la proliferación de las armas de destrucción en masa, rechazamos la política del hecho consumado. Debemos estar unidos para garantizar la universalidad de los tratados y la eficacia de los regímenes de no proliferación. Para lograr que se respeten, habremos de desarrollar asimismo nuestros medios de acción. Francia ha propuesto la creación de un cuerpo de inspección permanente dependiente del Consejo de Seguridad. Imprimamos un nuevo impulso a esta política. Convoquemos una reunión en la cumbre del Consejo de Seguridad para definir un verdadero plan de acción de las Naciones Unidas contra la proliferación.

En lo inmediato, exijamos a Corea del Norte el desmantelamiento completo, verificable e irreversible de su programa militar. Exijamos del Irán que firme y ponga en práctica, sin condiciones ni demoras, un acuerdo de garantías reforzadas con el Organismo Internacional de Energía Atómica.

Otro desafío es el del desarrollo sostenible, ya que la mitad de la humanidad vive en la precariedad o la pobreza extrema. ¿Sabremos establecer esa mundialización de la solidaridad que piden, que exigen nuestros pueblos como respuesta a la inevitable mundialización de la economía?

Estamos de acuerdo sobre los objetivos. Los compromisos del Milenio nos obligan. Para realizarlos sigue siendo necesario un fuerte impulso político. Propongo que los Jefes de Estado y de Gobierno se reúnan en Nueva York en 2005 con el fin de elaborar conjuntamente un primer balance. Deseo que esta Asamblea General confirme la voluntad de los Estados de superar el fracaso de Cancún y garantizar el éxito de la ronda de Doha que, ante todo, es un ciclo de desarrollo.

Para asumir las misiones que se les confiaron y remediar las flagrantes insuficiencias, las Naciones Unidas deben evolucionar. Creo que hay tres lemas que se nos presentan como imperativos: democracia, autoridad y eficacia. Gracias al Secretario General se han logrado progresos y se nos proponen nuevas pistas. Ahora les corresponde a los Estados avanzar sin más tardanza y poner término a las consecuencias perjudiciales del bloqueo de las reformas.

Las Naciones Unidas sufren de la debilidad actual de la Asamblea General y, sin embargo, es aquí donde habrá de organizarse el debate y forjarse el consenso sobre las soluciones a los grandes problemas. A fin de alcanzar los objetivos comunes que debemos fijarnos, la cultura del enfrentamiento ha de ser sustituida por una cultura de la acción.

La responsabilidad principal del mantenimiento de la paz y la seguridad se ha atribuido al Consejo de Seguridad. Por lo tanto, para su legitimidad es esencial que su composición refleje el estado del mundo. La ampliación es necesaria para que se incluya a nuevos miembros permanentes, ya que la presencia de los grandes países es necesaria. Francia piensa, naturalmente, en Alemania y en el Japón, pero, asimismo, en algunos países de Asia, África o América Latina. Será necesario también elegir a otros miembros para mejorar la representatividad del Consejo. Con el impulso re-

suelto de los cinco miembros permanentes, cada uno debe retomar la discusión teniendo presente el interés general.

Esta reforma debe estar acompañada por un fortalecimiento de la autoridad del Consejo. Es a éste a quien corresponde encuadrar el recurso a la fuerza. Nadie podrá arrogarse el derecho de utilizar la fuerza de manera unilateral o preventiva. A la inversa, al verse confrontados a amenazas crecientes, los Estados deben poder contar con la certeza de que el Consejo dispone de medios apropiados de evaluación y de acción colectiva y que tiene la voluntad de intervenir.

Estamos todos muy apegados a la soberanía de los Estados. Sin embargo, su alcance puede y debe verse limitado en caso de violaciones graves de los derechos humanos y del derecho humanitario. El Consejo de Seguridad se comprometió en esta vía y Francia apoya esta evolución.

Al mismo tiempo, la represión de los crímenes de lesa humanidad adquiere más eficacia gracias al establecimiento de la Corte Penal Internacional, cuya jurisdicción es universal. Este adelanto histórico debe ir acompañado por el fortalecimiento de la Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos, situado bajo la égida de una Comisión a la altura de sus deberes y de su cometido.

Hoy tomamos conciencia de que la mundialización exige una gestión económica, social y ambiental más sólida. Con este fin, Francia propone la creación de un nuevo foro político, que sea representativo del estado económico del mundo actual en toda su diversidad. Este Consejo se encargaría de imprimir el impulso necesario a las instituciones internacionales, de fomentar su coordinación y de anticipar y encarar de manera más eficaz los problemas mundiales.

La eficacia implica también el incremento de recursos financieros. Francia desea promover dos cambios.

En primer lugar, invertir la tendencia hacia el aumento de las contribuciones voluntarias en detrimento de las contribuciones obligatorias. De lo contrario, tendremos en definitiva unas Naciones Unidas a la medida, lo que constituye una visión arcaica y nefasta.

En segundo lugar, progresar en lo relativo a la movilización de recursos para el desarrollo y para la ayuda al desarrollo. Francia desea cumplir antes del año 2012 el objetivo de proporcionar el 0,7% de ayuda oficial para el desarrollo. Sin embargo, para

liberar cada año las sumas necesarias para la financiación de los compromisos del milenio, este esfuerzo y el de la Unión Europea evidentemente no bastarán. Esa es la razón por la cual Francia apoya la idea innovadora de un mecanismo de financiación internacional. Quisiera también que hiciéramos un examen pragmático y rápido en lo referente a unas contribuciones internacionales de solidaridad, un impuesto a las riquezas generadas por la mundialización y destinadas al desarrollo.

Para avanzar en estas cuestiones, apruebo totalmente la intención del Secretario General de reunir en torno a sí un comité de sabios independientes, encargado de presentar propuestas.

Contra el riesgo de un mundo sin orden entregado a la violencia, obremos en pro del establecimiento de un estado de derecho internacional. Contra la injusticia y los sufrimientos de un mundo en el que las desigualdades se intensifican cuando nunca antes fue tan próspero, optemos por la solidaridad. Contra el caos de un mundo trastornado por las catástrofes ecológicas, formulemos un llamamiento a favor de una responsabilidad compartida, en torno de unas Naciones Unidas para el Medio Ambiente. Contra la barbarie de un mundo en el que con demasiada frecuencia se desprecian los derechos fundamentales, donde la integridad del ser humano se ve amenazada, donde los pueblos indígenas, depositarios de un patrimonio irremplazable, desaparecen en el silencio y ante la indiferencia, defendamos las exigencias de la ética. Por último, contra el peligro del choque de civilizaciones reivindicemos la dignidad de las culturas en un pie de igualdad, el respeto de la diversidad y el valor del diálogo.

Mediante la Carta, adoptada en nombre de los Pueblos de las Naciones Unidas, los fundadores proclamaron su fe en estos ideales. A nosotros nos corresponde ser dignos de ella y ubicar a las Naciones Unidas en el corazón mismo de esta democracia planetaria tan necesaria en nuestros días.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, deseo dar las gracias al Presidente de la República Francesa por el discurso que acaba de pronunciar.

El Sr. Jacques Chirac, Presidente de la República Francesa, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

Discurso del Sr. Josephn Urusemal, Presidente de los Estados Federados de Micronesia

El Presidente (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de los Estados Federados de Micronesia.

El Sr. Joseph Urusemal, Presidente de los Estados Federados de Micronesia, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Excmo. Sr. Joseph Urusemal, Presidente de los Estados Federados de Micronesia, a quien invito a dirigirse a la Asamblea General.

El Presidente Urusemal (*habla en inglés*): Sr. Presidente: Quisiera aprovechar esta oportunidad para felicitarlo por su elección. Mi Gobierno está sumamente complacido por el reconocimiento de sus logros, en especial debido a que usted es un colega que procede de un país insular. Confiamos en que dirigirá la labor de este órgano con la misma elevada capacidad de su distinguido predecesor, Su Excelencia Jan Kavan de la República Checa.

Antes de seguir adelante debo hacer una pausa a modo de recuerdo respetuoso del segundo aniversario de los ataques terroristas perpetrados el 11 de septiembre de 2001. Honramos la memoria de todos los desaparecidos. Asimismo, debo expresar nuestras sinceras condolencias por la gran pérdida de vidas ocurrida recientemente en la sede de las Naciones Unidas en Bagdad.

Agradezco el privilegio de estar ante este órgano por primera vez, como Presidente de los Estados Federados de Micronesia. Sentimos una profunda responsabilidad al sumarnos a las naciones aquí presentes para trabajar por un mundo mejor para todos los pueblos.

Durante los últimos años, gran parte de los debates celebrados aquí y en otros lugares se han centrado en los desafíos políticos del mundo entero. Después del 11 de septiembre, no es extraño que todos hayan prestado una atención prioritaria a esos retos. Nosotros, en los Estados Federados de Micronesia, seguimos comprometidos con la erradicación del terrorismo en todas sus formas, y seguiremos desempeñando la función que esté a nuestro alcance para lograr ese objetivo.

Sin embargo, los desafíos que plantean el medio ambiente y el desarrollo sostenible, que tanto ocuparon nuestra atención durante el decenio de 1990, no han desaparecido. Pese a la inmediatez de tantas exigencias apremiantes en la actualidad, se trata de problemas que la comunidad internacional no puede permitirse dejar en suspenso. No podemos dejarlos en suspenso porque forman parte integrante del problema mundial de la seguridad, sobre todo a largo plazo.

Ninguna región de nuestro planeta está a salvo de la gran cantidad de amenazas esenciales a la seguridad. La guerra y el terrorismo no son más que consecuencias de causas más profundas: la pobreza, la injusticia humana y, más recientemente, la degradación ambiental. Éstas suelen debatirse más en relación con las regiones más pobladas del mundo, pero pido a la Asamblea que no pase por alto el hecho de que también existen en los pequeños Estados insulares en desarrollo.

La vulnerabilidad singular de nuestros Estados insulares frente a todas esas plagas es ampliamente reconocida. Aun así, las evaluaciones de las amenazas mundiales casi nunca van seguidas de una asignación realista de recursos a las zonas más remotas —que, sin embargo, son las más vulnerables— donde con frecuencia se originan o buscan refugio las amenazas a la seguridad mundial. Sostengo ante la Asamblea que la región de las islas del Pacífico lleva demasiado tiempo olvidada en ese sentido.

Celebramos la iniciativa de la comunidad internacional de abordar esos y otros problemas relacionados con el desarrollo durante la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Sostenible. Pero volvimos a casa, y seguimos enfrentándonos igual que siempre a necesidades básicas. A medida que los recuerdos de Johannesburgo quedan relegados a un segundo plano por crisis aparentemente más urgentes, nuestros ciudadanos están comenzando a interrogarse acerca de este proceso. Se preguntan si un debate repetitivo de estrategias de desarrollo tradicionales en una serie interminable de cumbres es el medio más productivo de lograr los verdaderos objetivos de desarrollo. Debemos examinar estos elementos desde una perspectiva más amplia. Los desafíos son inmensos e inmediatos. Con todos mis respetos, declaro a la Asamblea que el multilateralismo de costumbre no está dando resultado.

Antes de seguir adelante, quisiera decir que los ciudadanos de Micronesia de hoy en día disfrutan de un nivel de vida mucho mejor en comparación con las

condiciones que imperaban cuando entramos en la economía mundial hace menos de 50 años. Sin embargo, aún tenemos un largo trecho por recorrer antes de alcanzar los niveles de los países en desarrollo con un éxito moderado, ya no digamos los del mundo industrializado.

Al enunciar aquí las dificultades de mi propio país, debo añadir que no estamos solos ni mucho menos. Por ello, nos unimos a los países en desarrollo de todo el mundo, y respaldamos plenamente las posturas que expresarán aquí Su Majestad el Rey de Marruecos en nombre del Grupo de los 77 y China, y Su Excelencia el Primer Ministro de Mauricio en nombre de la Alianza de los Estados Insulares Pequeños.

Todos debemos poner más empeño. Por nuestra parte, los pequeños Estados insulares en desarrollo debemos asegurar que cumplimos con nuestras obligaciones y nuestros compromisos con la comunidad mundial. No venimos solamente a pedir; tenemos papeles que desempeñar. Mi país ha contraído compromisos en materia de responsabilidad ambiental en la medida de nuestras capacidades. Hemos prometido una mayor rendición de cuentas y una supervisión de la asistencia para el desarrollo. Hemos decidido fomentar nuestra capacidad de gobernar más eficazmente y de aumentar la interacción regional.

Creo que todos los países en desarrollo deberían explorar la manera de movilizar nuestros recursos limitados, a título individual y colectivo, incluso a la vez que solicitamos asistencia. A ese respecto, señalo a la atención de la Asamblea el comunicado del Foro de las Islas del Pacífico, publicado este año en Auckland, Nueva Zelanda. Constituye un ejemplo de la clase de colaboración regional que estoy alentando. Por ejemplo, este año en el Foro convinimos en una declaración de principios importante y general sobre los principios esenciales para lograr un buen liderazgo gubernamental y reconocida por todos. Creo que merece que la Asamblea la estudie detenidamente. Los dirigentes del Foro también prestaron especial atención a los problemas que representan los elementos criminales internacionales en nuestra región. Se ven atraídos en parte por nuestra lejanía, que provoca nuestro olvido. En el Foro se reconoció que, habida cuenta de las limitaciones con que nos enfrentamos por separado, sólo podemos hacer frente a esos retos si actuamos a nivel regional, de manera colectiva.

También estamos viendo, hoy más que nunca, que regiones enteras del mundo quedan al margen de la

economía mundial, como demuestra el triste fracaso de las recientes reuniones de la Organización Mundial del Comercio (OMC). Algunos países han sido prácticamente olvidados hasta que las condiciones políticas y sociales han empeorado gravemente.

Estamos oyendo cada vez más la expresión “Estado fracasado”. No tiene una definición clara, pero se ha utilizado a veces para justificar la intervención exterior. Eso quizá sea necesario en determinadas circunstancias, pero obra en interés de todos que primero no se desarrollen esas condiciones. Sostengo que esos llamados fracasos tienen su raíz mucho más allá de las fronteras del desafortunado país al que se aplica ese calificativo.

Ha llegado el momento de adoptar una nueva perspectiva frente a la paz y la seguridad internacionales. Las cuestiones económicas, sociales y ambientales ya no pueden existir en un universo paralelo, apartadas de los aspectos geopolíticos. Las vinculaciones son cada vez más claras, tal y como confirman los resultados alarmantes del informe de este año del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) sobre la aplicación de los objetivos de desarrollo del Milenio.

A pesar de que hemos hecho todo cuanto hemos podido, aún tenemos por delante un gran número de amenazas a nuestro entorno natural. Esas amenazas no están disminuyendo. De hecho, a escala mundial, los avances de la comunidad mundial han sido inexistentes frente a exigencias cada vez más apremiantes. Quizá pensemos que los posibles resultados catastróficos están muy lejanos en el futuro, pero sólo podemos actuar en el presente. Literalmente estamos tomando —o dejando de tomar— decisiones para las generaciones venideras.

Una de las urgencias más patentes y actuales ha merecido especial atención en las declaraciones que hemos venido formulando todos los años en el debate general desde que nuestro país pasó a ser Miembro de las Naciones Unidas; me refiero a la necesidad de una actuación internacional inmediata para luchar contra el cambio climático. Lamentablemente, mis preocupaciones no han menguado este año. En todo caso, nuestros llamamientos deben ser más insistentes. Ahora que hablamos de numerosas guerras, no debemos olvidar la guerra contra el cambio climático, una guerra que la humanidad no puede permitirse perder.

Sé que usted reconoce mejor que nadie, Sr. Presidente, que, para mi familia y para mí, la cuestión del cambio climático es una realidad concreta. Mi isla, Woleai, en el Estado de Yap, es un atolón cuyo punto

más elevado se sitúa a dos metros sobre el nivel del mar. Desde hace algún tiempo, la frecuencia y la intensidad de las tormentas en nuestra región han ido en aumento.

En el último año hubo tres tifones importantes, así como otras tormentas destructivas. Una de ellas desencadenó enormes deslaves en las islas superiores del estado de Chuuk, donde murieron 50 personas. Recientemente, en el estado de Yap una tormenta arrastró un cementerio grande y muy antiguo. Estos y otros sucesos en nuestros otros estados no tienen precedentes. Todo lo que somos y esperamos lograr como pueblo se ve gravemente amenazado por el cambio climático mundial.

Como ya hemos confirmado que la crisis del cambio climático es real, el mundo entero dispone de pruebas irrefutables de que su avance constante puede imputarse a la actividad humana. Sin embargo, algunos de los países industrializados que más contaminan consideran que su principal prioridad es proteger los intereses creados. Retrasan intencionalmente la acción que debe iniciarse de inmediato para detener el cambio climático pernicioso.

En el Convenio Marco se acordó que todos los responsables de este problema deben tomar la iniciativa para resolverlo. Sin embargo, no puedo sino preguntar por qué no está siendo así.

Es muy triste que algunos gobiernos hayan convertido el Protocolo de Kyoto, que es un logro, en una meta política, un grito de batalla para los que más contaminan. De hecho, no es más que un pequeño primer paso que debe ir seguido de medidas ulteriores sólidas para que la guerra contra el cambio climático tenga alguna eficacia. La actitud desdeñosa de algunos países respecto del Protocolo condenará al fracaso a todo el Convenio Marco si no cambia la situación actual. El Protocolo de Kyoto debe aplicarse inmediatamente. Las Potencias industriales no pueden seguir comportándose como San Agustín, quien decía “Dame, Señor, la castidad pero no ahora”.

Como nuestro pueblo vive en armonía con el entorno natural, también se enfrenta a multitud de problemas ambientales acuciantes. Nuestros arrecifes de corales están recibiendo mucha atención de la opinión pública internacional, en parte porque tienen un gran potencial para la explotación comercial. Entendemos perfectamente esas posibilidades y estamos decididos a

preservar nuestros derechos legales ante todo tipo de explotación que pueda tener lugar.

Pero también entendemos que los arrecifes son nuestra barrera natural contra el mar y el medio en que se encuentran recursos naturales que no se limitan, ni mucho menos, a la abundancia habitual de la pesca de nuestros días. Son más que un recurso; son vitales para cualquier Estado insular. Es preciso acabar con el grave deterioro de los arrecifes de coral de todo el mundo.

Las reservas de nuestro único recurso económico importante —el atún— han disminuido considerablemente en los últimos años. Otros elementos clave y especies del ecosistema del océano corren ahora más peligro que nunca. Los Estados Federados de Micronesia harán cabildeo en pro de una política de protección agresiva de los recursos marinos, tanto en la esfera regional como internacional.

Incluso el agua, y el acceso a ella, es un recurso que corre grave peligro en nuestro país, que está en medio del océano y cuenta con escasa agua dulce. Dependemos del agua de lluvia y de que podamos recogerla en los lentes situados bajo los atolones. Cada gota es preciosa. Nosotros decimos que una vida vulnerable, como la de un niño, es como el rocío en una hoja de taro, que hay que tratar con cuidado para que no se nos escape.

A los miembros les sorprenderá que las islas del Pacífico, que con frecuencia se consideran paradisíacas, estén más preocupadas por la sequía que por ninguna otra amenaza natural, incluidos los tifones. Además de que el agua salada corrompe nuestra agua dulce y nuestros cultivos de alimentos como consecuencia del aumento de los fenómenos tormentosos y del nivel del mar, también tenemos que intentar hacer frente a la sequía provocada por la actividad de El Niño, cada día más imprevisible, relacionada con el cambio climático.

Por fortuna, el mundo en general parece empezar a entender la necesidad universal de tener acceso a agua limpia y aceptable. La especial vulnerabilidad de los países insulares fue objeto de gran atención en el Tercer Foro Mundial del Agua, celebrado en Kyoto. Además, quisiera señalar que, por primera vez, esta cuestión vital está siendo objeto de una colaboración interregional importantísima, en forma de un Memorando de Entendimiento que pactaron recientemente la Comisión de Geociencias aplicadas del Pacífico Meridional y el Instituto de Higiene Ambiental del Caribe.

He hablado mucho sobre los problemas de mi país pero, evidentemente, no son sólo problemas nuestros. Los pequeños estados insulares del Caribe se enfrentan en buena parte a las mismas cuestiones, en uno u otro grado.

Por ello, agradecemos el interés internacional que suscitó la primera Conferencia Mundial de las Naciones Unidas sobre el Desarrollo Sostenible de los Pequeños Estados Insulares en Desarrollo, celebrada en Barbados en 1994. El Programa de Acción de Barbados, resultado de la Conferencia, ha tenido poco éxito. La Conferencia logró centrar la atención en los únicos problemas que afrontan los pequeños Estados insulares. No obstante, parece que la comunidad internacional ha quedado satisfecha, hasta cierto punto, porque ha logrado aumentar el grado de sensibilización con respecto a estas cuestiones y demuestra cada vez menos interés por la aplicación de medidas específicas en los años siguientes a la conferencia.

Aplaudimos la decisión de celebrar una conferencia de seguimiento en Mauricio, en 2004, y esperamos que se realice una evaluación franca de los progresos realizados, o de la falta de progresos, en lo relativo a la aplicación del Plan de Acción de Barbados en los últimos 10 años. Espero que la conferencia de Mauritania nos brinde la oportunidad de recuperar el impulso perdido.

Esto es un hito para mi nación. Ya llevamos 17 años de relación política posterior al fideicomiso, con los Estados Unidos. Desde cualquier punto de vista, ha sido un éxito. Nunca antes se había intentado la libre asociación a esta escala.

Me complace que tanto mi país como nuestro asociado en el desarrollo, los Estados Unidos, hayan considerado adecuado proseguir esta relación en el futuro, al modificar el tratado conocido como Pacto de Libre Asociación. Mientras celebramos el éxito que supone esta renovación, cabe recordar la larga y eficaz gestión del Consejo de Administración Fiduciaria de las Naciones Unidas con respecto a nuestra región.

Agradecemos el aporte perdurable del sistema de las Naciones Unidas a la historia de Micronesia, y esperamos seguir trabajando en este órgano y en otros del sistema de las Naciones Unidas para lograr nuestras metas colectivas.

Por último, quisiera mencionar unas palabras del Presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt, quien dijo una vez:

“Si se me preguntara cuál es el gran objetivo que reivindicamos tanto la Iglesia como el Estado por el bien de todos los hombres mujeres y niños de este país, diría que nuestro gran objetivo es vivir con más abundancia.”

Creo que el Presidente se refería a una verdadera abundancia, no sólo en el sentido material, sino también en lo que respecta a la seguridad mental y física que es resultado de la libertad, la oportunidad y la realización humana.

Debemos preguntarnos si la razón por la que luchamos aquí en las Naciones Unidas es fiel a ese noble ideal. Esta Organización es el mayor foro que se haya creado en el planeta. No puede permitir que su importante función en la gestión de conflictos relegue a un segundo plano la tarea aún mayor de controlar las condiciones que generan esos conflictos. Bajo la guía de la Carta, por primera vez en la historia de la humanidad, aquí reunimos todos los recursos que son necesarios para llevar a la humanidad al logro de una vida más abundante. Que no se diga después que fracasamos en esa tarea.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General doy las gracias al Presidente de los Estados Federados de Micronesia por su declaración.

El Sr. Joseph Urusemal, Presidente de los Estados Federados de Micronesia, es acompañado fuera del salón de Asamblea General.

El Presidente (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará en ahora un discurso del Presidente de la Confederación Suiza.

El Sr. Pascal Couchepin, Presidente de la Confederación Suiza, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de la Confederación Suiza, Excmo. Sr. Pascal Couchepin, a quien invito a dirigirse a la Asamblea General.

El Presidente Couchepin (*habla en inglés*): En el año 2000, en los albores del nuevo milenio, los jefes de Estado y de Gobierno de los Estados Miembros se reunieron aquí para reafirmar sus objetivos compartidos. Tres años después, ese consenso internacional se ha erosionado. Los Estados Miembros perciben las amenazas de modo diferente, y no comparten las mismas prioridades.

Algunos Estados hacen hincapié en la lucha contra el terrorismo y la proliferación de las armas de destrucción en masa. En otras regiones del mundo, las guerras civiles, las armas pequeñas, la pobreza, el hambre y el SIDA son los principales peligros.

¿Acaso la comunidad internacional puede llegar a un consenso sobre los objetivos que deben alcanzarse y la forma de hacerlo? ¿Qué importancia queremos asignar a la cooperación multilateral? ¿No ha llegado el momento de revisar el sistema de seguridad colectiva, heredado de la segunda guerra mundial? ¿Podría ser que las Naciones Unidas necesitaran una reforma de largo alcance?

El hecho de que tantos jefes de Estado y de Gobierno hayan aceptado la invitación del Secretario General es una respuesta inicial. Es una señal alentadora. Los Estados Miembros miran a las Naciones Unidas en busca de soluciones. Debemos aprovechar la oportunidad de este debate para reafirmar nuestro compromiso con la cooperación multilateral y los objetivos de las Naciones Unidas.

La vida en sociedad exige un mínimo de orden, de normas y de solidaridad. Ello también es válido para las relaciones internacionales. Suiza asigna una gran importancia al respeto del derecho internacional. Ello explica nuestro compromiso con el derecho humanitario y con la Corte Penal Internacional. Sin derecho internacional, muchos países se sentirían a merced de la ley del más fuerte. Las grandes potencias, al igual que las menores, necesitan un marco multilateral para resolver sus divergencias.

Ha llegado el momento de volver a examinar el papel de las Naciones Unidas. Casi 60 años después de la fundación de la Organización, las amenazas, al igual que las realidades geopolíticas, han cambiado. El terrorismo y la proliferación de las armas de destrucción en masa han adquirido dimensiones más peligrosas. Las guerras civiles se han multiplicado. El VIH/SIDA se ha convertido en la epidemia más mortífera de la historia de la humanidad. La pobreza dista de haberse erradicado.

La seguridad ya no puede abordarse sólo en términos militares. Debemos revisar nuestra visión de la seguridad y prestar mayor atención a las personas. Si ampliamos nuestro enfoque de la seguridad y hacemos mayor hincapié en la seguridad humana podremos superar algunas de las actuales divergencias entre el Norte y el Sur.

Junto a otros países, Suiza se esfuerza por promover la idea de la seguridad humana. Este año se comprometerá con las cuestiones de la proliferación de armas ligeras y las minas antipersonal. Esperamos que la Asamblea General establezca un grupo de trabajo encargado de elaborar un instrumento para marcar y rastrear las armas pequeñas. Si los Miembros de la Organización están de acuerdo, Suiza está dispuesta a presidirlo.

El Gobierno suizo también se interesa activamente por la cuestión de las migraciones. Trabajamos con otros países para establecer una comisión mundial sobre las migraciones internacionales, a la que se le pedirá que formule recomendaciones.

Para mejorar la seguridad humana, debemos cumplir las promesas hechas en la esfera del desarrollo. En la Declaración del Milenio, nos comprometimos a esforzarnos por lograr que la mundialización se convirtiera en una fuerza positiva para toda la humanidad. A ese fin, hemos adoptado una serie de objetivos precisos y plazos para cumplirlos. Sin embargo, no basta con proclamar objetivos, ahora debemos cumplirlos. Si los países ricos, y mi país es uno de ellos, no cumplen sus promesas, terminarán por hacer que los países pobres pierdan las esperanzas.

En Cancún, los miembros de la Organización Mundial del Comercio (OMC) trataron de reanimar la liberalización del comercio. A pesar de que las posiciones convergieron en cierta medida, persisten los desacuerdos y existe el riesgo de un fracaso duradero. Ello traería como resultado una reducción del crecimiento al nivel mundial, en detrimento de todos los países. Debemos dar otra oportunidad a las negociaciones y, sobre todo, evitar la tentación del proteccionismo.

Afirmar que creemos en el sistema multilateral no debe impedirnos reconocer sus lagunas. Las Naciones Unidas necesitan una reforma general.

Suiza considera que el papel de las Naciones Unidas en las esferas económica y social debe definirse. Debemos tener en cuenta los vínculos que existen entre la seguridad internacional y el desarrollo económico. Las relaciones entre las Naciones Unidas, las instituciones de Bretton Woods y la OMC también deberían ser objeto de un nuevo examen por un grupo de personalidades independientes.

También debemos prestar atención al funcionamiento de la propia Organización. Con demasiada fre-

cuencia, las resoluciones que se aprueban en la Asamblea General, se reducen al denominador común más bajo o a una larga e imprecisa lista de deseos, sin efecto real. La Asamblea General debe revitalizarse. Es preciso reducir el número de temas del programa, limitar el largo de los textos y evitar la proliferación de resoluciones sobre temas que se yuxtaponen.

En lo que respecta al Consejo de Seguridad, existe consenso sobre el hecho de que su composición ya no refleja suficientemente las realidades geopolíticas contemporáneas. Suiza apoya la idea de la ampliación del Consejo. La ampliación se puede efectuar sin que afecte negativamente su eficacia siempre que el aumento en el número de miembros sea razonable y tenga en cuenta los diferentes sentimientos regionales.

En los últimos años, a los países no miembros del Consejo se les ha dado más oportunidades de participar en las labores del Consejo. Suiza celebra esos esfuerzos. Sin embargo, los debates esenciales permanecen limitados al círculo privado de los cinco miembros permanentes. Todos los miembros del Consejo deberían participar permanentemente en el proceso de toma de decisiones. También habría que institucionalizar los medios de participación de los demás Miembros de la Organización. Se debería fortalecer, por ejemplo, los mecanismos de consulta con los Estados más directamente afectados por los focos de tirantez. ¿No deberían también los miembros no permanentes del Consejo sentirse llamados a representar los deseos de quienes los han elegido?

El derecho de veto es un privilegio que entraña responsabilidades particulares. Cuando un miembro permanente hace uso de su derecho de veto, ¿no sería conveniente que lo explicara a posteriori ante la Asamblea General? ¿No sería ésta la mejor manera de hacer comprender a la comunidad internacional su postura?

Otro objetivo de las reformas es la apertura a la sociedad civil. Suiza acoge con agrado la decisión del Secretario General de nombrar un grupo de expertos para que haga un estudio sobre cómo lograrlo.

En este espíritu de apertura a la sociedad civil se llevan a cabo los preparativos de la Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información que tendrá lugar en diciembre en Ginebra. Más de la mitad de la humanidad no dispone actualmente de acceso alguno al teléfono. El uso de la Internet es aún más limitado. El objetivo de la Cumbre, que se integra en el marco más amplio de los objetivos del Milenio, es reducir la

disparidad digital que existe entre los países ricos y los países pobres. Las nuevas tecnologías deben estar al servicio del desarrollo, de los derechos humanos y de la democracia.

Invito a todos los países Miembros a participar activamente en esta Cumbre. Numerosos Jefes de Estado y de Gobierno han anunciado su participación, y lo celebro. Pero quisiera dirigirme en primer lugar a mis colegas de los países industrializados. Debemos cumplir con nuestras responsabilidades. Les ruego sinceramente que no falten a esta cita importante. Estamos necesitados de un diálogo Norte-Sur al más alto nivel. Como ya he manifestado, debemos cumplir nuestras promesas.

En estos últimos meses el Iraq ha sido el centro de muchas de las tensiones internacionales. Debemos hallar juntos soluciones para el porvenir. Todos nos enfrentamos al mismo peligro: el de un Iraq asolado por el desorden y la inestabilidad. Las Naciones Unidas deben desempeñar un papel en el Iraq y recibir un mandato más claro del Consejo de Seguridad. Hay que seguir avanzando también con determinación para lograr que se restituya la soberanía en el Iraq.

Suiza tiene una larga historia de cohabitación entre comunidades diferentes. Sabemos que ningún modelo político es aplicable tal como es. No obstante, Suiza está dispuesta a compartir sus experiencias y a prestar su apoyo al proceso constitucional en el Iraq.

Suiza se ha sumado a las Naciones Unidas como país neutral. Ello no le impide defender en las Naciones Unidas los valores universales que ha abrazado. Desea hacerlo en colaboración con los demás países Miembros y apoyándose en los puntos fuertes de la Organización. Quisiera rendir aquí un homenaje a las Naciones Unidas y a todos sus colaboradores que acaban de pasar por una dura prueba en Bagdad. Las Naciones Unidas y sus organismos especializados llevan a cabo diariamente una labor insustituible en todos los rincones del mundo.

El Secretario General ha dicho que la paz es un “sueño por realizar”. Considero que eso se aplica también a los otros ideales de las Naciones Unidas: la justicia, la solidaridad y el respeto por la dignidad humana. En la visión de las Naciones Unidas tiene que haber sueños, pero también hechos, realismo, valor y tenacidad.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, doy las gracias al Presidente de la

Confederación Suiza por la declaración que acaba de formular.

El Sr. Pascal Couchepin, Presidente de la Confederación Suiza, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

Discurso del Sr. Thabo Mbeki, Presidente de la República de Sudáfrica

El Presidente (*habla en inglés*): La Asamblea General escuchará ahora un discurso del Presidente de la República de Sudáfrica.

El Sr. Thabo Mbeki, Presidente de la República de Sudáfrica es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de la República de Sudáfrica, Excmo. Sr. Thabo Mbeki, a quien invito a dirigirse a la Asamblea General.

Presidente Mbeki (*habla en inglés*): Sr. Presidente: Permítame felicitarlo por haber asumido la Presidencia en este período de sesiones de la Asamblea General y darle las gracias al Presidente saliente, Sr. Jan Kavan. Quisiera también hacerme eco de lo que otros oradores han dicho con respecto a la muerte de los trabajadores de las Naciones Unidas, quienes perdieron sus vidas en el atentado con bombas contra la sede de las Naciones Unidas en Bagdad el pasado mes, incluido Sergio Vieira de Mello, un funcionario internacional excepcional.

Cuando nos reunimos aquí el año pasado, todos sentimos preocupación por lo que podría suceder en el Iraq. Al mismo tiempo, nos preocupó el papel que podrían desempeñar las Naciones Unidas en la solución del asunto iraquí. Los acontecimientos dramáticos ocurridos desde entonces contestaron nuestros interrogantes. No obstante, esos acontecimientos dramáticos han planteado importantes y perturbadores interrogantes acerca del futuro de las Naciones Unidas. La más importante de esas preguntas era si las Naciones Unidas tenían futuro como organización multilateral fuerte y eficaz que goza de la confianza de los pueblos del mundo y tiene capacidad para abordar las cuestiones que preocupan a la humanidad.

Con toda certeza, al reunimos aquí en esta ocasión, si bien estamos todavía preocupados por la cuestión del futuro del Iraq, tengo la seguridad que ninguno

de nosotros desea repetir el debate que tuvo lugar sobre esta cuestión en el período posterior al último debate general de la Asamblea General. Si bien por algún tiempo después de ese debate general nos inquietaba tener que dar respuesta a las preguntas acerca del papel de las Naciones Unidas en el Iraq, hoy tenemos que contestar a los interrogantes acerca de las consecuencias del asunto iraquí para el futuro de las Naciones Unidas. Las cosas han evolucionado de tal manera que en nuestro limitado entendimiento parece extremadamente difícil resolver la cuestión del papel de las Naciones Unidas en el Iraq, a menos que respondamos a la pregunta acerca del futuro de las Naciones Unidas como expresión legítima de la voluntad colectiva de los pueblos del mundo y garante principal de la paz y la seguridad internacionales, entre otras cuestiones mundiales.

El Sr. Kirn (Eslovenia), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.

Dicho de otra manera, podríamos decir que lo que se decida acerca del papel de las Naciones Unidas en el Iraq decidirá a la vez qué pasará con las Naciones Unidas en el contexto de su Carta y de los objetivos importantes que la Organización se ha propuesto desde que la Carta fuese aprobada.

Este no es un caso de hacer las cosas al revés, sino más bien de que la historia ha puesto a nuestros pies una prueba urgente y práctica que nos obliga a responder a la pregunta siguiente: ¿Qué queremos, colectivamente, que sean las Naciones Unidas? ¿Qué hacemos para distinguir los árboles del bosque? A este respecto, debemos dejar en claro de manera directa que, en nuestra condición de sudafricanos, somos aliados y activistas que hacemos campaña a favor de que las Naciones Unidas sean fuertes y eficaces. Lo hacemos así por el lugar que nuestro país y nuestro pueblo ocupan en el mundo contemporáneo.

Creemos que todo lo que ha pasado impone la obligación a las Naciones Unidas de reflexionar sobre varias cuestiones fundamentales que son de importancia esencial para la evolución de la sociedad humana. Estamos convencidos de que esta Asamblea General frustraría las expectativas de los pueblos del mundo y se colocaría en riesgo si, por la razón que fuese, no abordara estas cuestiones.

Hablamos de esta manera porque representamos al pueblo que es más sensible a los imperativos de lo que el mundo decida, dada nuestra experiencia durante

el período en que la Sudáfrica del apartheid era, correctamente, un asunto de interés centrado y sostenido de las Naciones Unidas y de los pueblos del mundo, incluidos los ciudadanos comunes aun en las zonas más marginales de nuestro mundo.

Esta Organización ha hablado y frecuentemente habla del fenómeno de la mundialización, y todos nosotros individual o colectivamente también lo hacemos. De manera acertada hablamos de una aldea mundial impulsados por el reconocimiento del hecho de que la integración de todos los pueblos se da dentro de una sociedad mundial común e interdependiente.

Ciertamente, la humanidad se encuentra más integrada hoy que cuando se crearon las Naciones Unidas hace más de 50 años. Sin embargo, muchos han llamado a la atención el hecho de que si bien procesos sociales objetivos han llevado al surgimiento de la aldea mundial, ninguno de nuestros colectivos políticos ha tenido éxito hasta ahora en el diseño de las instituciones de gobierno que se hacen necesarias ante la realidad del nacimiento de esta aldea mundial.

También se han hecho observaciones correctas de que la utilización de la imagen y el concepto de aldea no quiere decir que los residentes de dicha aldea sean iguales. La realidad es que los mismos procesos que nos juntan en una aldea mundial simultáneamente colocan a los residentes de la misma en posiciones distintas. Algunos han surgido como dominantes y el resto como dominados, quedando las decisiones a cargo de los dominantes y siendo los dominados quienes reciben y aplican esas decisiones.

En la medida en que nuestros colectivos políticos no han diseñado las instituciones que respondan a la evolución de la aldea mundial, tampoco han podido responder al desequilibrio en la distribución del poder que es inherente a la sociedad humana mundial contemporánea. Hablamos acá de poder en todas las esferas de actividad humana. Dejado a sus impulsos internos y autónomos, el proceso de mundialización tendrá como resultado, inevitablemente, una mayor acentuación de la dominación de los dominantes y la consolidación de la sumisión de los dominados, por mucho que a éstos últimos les moleste dicha dominación.

Esto incluirá la perpetuación de las posiciones dominantes por quienes las ocupen, para garantizar el sostenimiento de su capacidad de fijar el programa de la aldea mundial en el interés de sus propios vecindarios dentro de la misma. Inherente a esto está,

necesariamente, el apoyarse en la utilización del poder superior, del cual disponen los dominantes, para alcanzar el objetivo de perpetuar la situación de distribución desigual del poder.

En esta situación, es inevitable que la búsqueda del poder en sí mismo se afirme como el objetivo legítimo excepcional, aparentemente separado de cualquier necesidad de definir los usos de tal poder. Esto también significa el endiosamiento de la fuerza en todas sus formas, como el árbitro final en el ordenamiento de los asuntos humanos.

Sin embargo, desde el punto de vista de los que carecen de poder, la lucha por garantizar el uso de tal poder para abordar sus propios intereses se convierte en objetivo estratégico que ellos no pueden evitar. Esto significa, necesariamente, que el poder tendría que ser redistribuido. Eso se haría para potenciar a los que carecen de poder y para regular la utilización del poder por los poderosos.

Así, volvemos a lo que dije antes. Debido a que somos pobres, somos activistas partidarios de unas Naciones Unidas vigorosas, eficaces y aceptadas popularmente. Asumimos esa posición porque no hay manera en que podríamos hacer avanzar los intereses del pueblo, la mayoría del cual es pobre, fuera del contexto de unas Naciones Unidas vigorosas, eficaces y aceptadas popularmente. Un proceso autónomo de mundialización, impulsado por sus propias tendencias internas, solamente puede tener como resultado la definición de nuestro futuro dentro de parámetros establecidos por quienes gozan de la superioridad de poder. Los poderosos harán esto a favor de sus propios intereses, que podrían no coincidir con los nuestros.

Cuando se creó esta Organización, hace 58 años, sus objetivos e instituciones necesariamente reflejaron tanto las preocupaciones mundiales colectivas, en la forma que entonces se las percibía, como el equilibrio de poder de ese tiempo.

Entre otras cosas, nuestro estimado Secretario General, el Sr. Kofi Annan, ha llamado a nuestra atención el hecho de que las Naciones Unidas fueron inauguradas como una Organización de 51 Estados y que ahora la componen 191 Estados. Indudablemente, las preocupaciones mundiales colectivas que se perciben o que son reales en nuestros días son, al menos en alguna medida, diferentes de las que prevalecían hace más de 50 años, cuando la Organización tenía un tamaño de más o menos la cuarta parte de su tamaño actual.

Por más de un decenio, esta Organización ha estado realizando deliberaciones con respecto a su transformación. El Secretario General de nuevo ha reflexionado sobre estos cambios. La verdad es que nuestras deliberaciones no han conducido a ningún lado. El Secretario General anunció temprano por la mañana las medidas que él tomará para facilitar la aprobación de decisiones que nos ayuden a todos a hacer realidad la necesaria e inevitable transformación de las Naciones Unidas. Apoyamos las decisiones que él ha anunciado.

La determinación mundial por derrotar organizaciones tales como Al-Qaida ha surgido de nuestra comprensión de que la agresión internacional no debería esperarse que necesariamente proviniera de instituciones formales y reconocidas del Estado. Todos hemos llegado a entender que tal amenaza proveniente de instituciones no estatales se ha expresado como el terrorismo más inhumano y despreciable, demostrado de la manera más dolorosa el 11 de septiembre de 2001.

Nuestra experiencia colectiva —que data del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y otros lugares de los Estados Unidos, y se remonta a Nairobi y Dar es Salam en África aún antes y, más recientemente, a Bali, en Indonesia, a Marruecos, al conflicto entre Israel y Palestina, a Argelia, la India, Rusia y otros lugares, incluso mi propio país— nos dice que las Naciones Unidas, al trabajar en defensa del interés colectivo de los pueblos del mundo, deben velar por que actuemos de consuno para derrotar la amenaza del terrorismo, definido colectivamente.

Al mismo tiempo, tenemos que reconocer el convencimiento que existe entre algunos de nuestros Estados Miembros de que ellos constituyen objetivos especiales y particulares del terrorismo mundial. Es comprensible, que se aduzca el argumento de que sería poco razonable e irracional esperar que esos Estados no tomen medidas para detener tales acciones terroristas en su contra. Ninguno de nosotros puede defender reglas internacionales que prescriban que alguno de nosotros deba esperar ser atacado sabiendo de manera concreta que nos van a atacar terroristas identificados, y entonces actuar contra quienes nos han atacado, con bajas tan horribles como las que experimentaron los Estados Unidos en los ataques del 11 de septiembre. No imagino que ninguno de nosotros quiera tratar de imponer una norma tan costosa e insostenible a ninguno de nuestros Estados Miembros, lo que también violaría las disposiciones de legítima defensa previstas en el Artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas.

Tampoco tenemos más opción que enfrentar la dura realidad de que en el proceso de reforma de las Naciones Unidas y todos sus órganos, así como de otras organizaciones multilaterales, se tiene que reconocer la realidad del desequilibrio del poder, tal como está representado por diversos países y regiones. A la vez, debemos partir de la postura de que esa distribución del poder no redundará necesariamente en interés de los pueblos del mundo, ni incluso en interés de quienes actualmente tienen el poder de decidir lo que sucede en nuestro mundo común. Ello incluye la aceptación del hecho de que, según el lugar que ocupemos en la comunidad mundial, tenemos prioridades distintas. Entre otras cosas, los ricos se preocupan por las maneras de mantener una situación con la que se benefician. En términos prácticos eso significa que todas las cuestiones que amenazan con desestabilizar el statu quo son necesariamente anatema para esas personas. Esas cuestiones, por lo tanto, serán motivo de gran preocupación para ellos. Es comprensible que, tratarán de hacer que el resto del mundo acepte su afirmación de que el mantenimiento de la situación actual debe ser una preocupación humana universal, exactamente el tipo de cuestión respecto de la cual las Naciones Unidas deben adoptar una posición unida.

Por otra parte, a los pobres les interesa mejorar su situación. Por consiguiente, no van a aceptar el mantenimiento de la situación actual, que perpetúa su pobreza. En consecuencia, entre otras cosas, los miles de millones de pobres del mundo pedirán que las Naciones Unidas luchen por asegurar que se les transfieran recursos, lo cual les permitirá salir de su condición de pobreza y subdesarrollo, de acuerdo con la aplicación de los objetivos de desarrollo del Milenio, los objetivos de la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible celebrada en Johannesburgo y otros importantes acuerdos internacionales. Es inevitable que esto vaya en contra de las propuestas de quienes son más poderosos que los pobres, a saber, los gobiernos, pueblos y países que los mantienen a flote con asistencia al desarrollo. Esto requerirá —se diga abiertamente o no— que los receptores de esa asistencia entiendan que ésta puede terminarse.

Han ocurrido cambios importantes en el equilibrio mundial de poder y en los objetivos mundiales desde que se crearon las Naciones Unidas, hace 58 años. La Organización no ha cambiado sustancialmente en cuanto a sus estructuras y modalidades de funcionamiento para reflejar esos cambios. Esa ha sido una re-

ceta para una crisis inevitable, para que ocurra un desastre. Al reunirnos hoy nos enfrentamos a problemas mundiales que la Organización mundial no puede resolver. Impulsados por los problemas urgentes del día, algunos de los poderosos no esperan a que todos los demás respondamos a los problemas que hemos planteado y que ellos enfrentan. Actuarán para solucionar esos problemas; sus acciones indicarán que no necesitan a las Naciones Unidas para encontrar soluciones a esos problemas. Simultáneamente, esto será también una indicación práctica de que las Naciones Unidas ya no son pertinentes con respecto a la solución de los problemas más acuciantes de nuestro tiempo. Los desposeídos seguirán acudiendo a la Organización pensando, con razón, que son demasiado débiles para promover sus intereses uno por uno fuera del colectivo de las Naciones Unidas. En ese sentido, esperan que las Naciones Unidas se remitan a sus documentos de base y a otras decisiones solemnes adoptadas desde su creación, todo lo cual ha sido aprobado en períodos de sesiones sucesivos de la Asamblea General.

La pobreza mundial y el subdesarrollo son los problemas principales que encaran las Naciones Unidas. Miles de millones en el mundo entero esperan que la Asamblea General aborde ese problema en forma significativa. Los pueblos de nuestro mundo esperan que los discursos que pronunciamos en el presente período de sesiones de la Asamblea General como representantes de los distintos Gobiernos indiquen un serio compromiso de poner en práctica lo que decimos. Los pobres del mundo esperan el final de la violencia y la guerra en todas partes. Desean que terminen las matanzas que están cobrando tantas vidas israelíes y palestinas. Quieren que los africanos dejen de matarse los unos a los otros, lo que seguiría significando que somos incapaces de vivir en paz entre nosotros. Anhelan la realización de un objetivo democrático universal: que haya un gobierno del pueblo. Creen que estamos seriamente comprometidos con el objetivo de erradicar la pobreza y lograr una mejor vida para todos. Creen que somos serios al decir que no vamos a permitir que el proceso de mundialización dé por resultado que los ricos se hagan más ricos y los pobres más pobres dentro de los países y entre ellos. Nos creen cuando decimos que nuestro futuro colectivo es de esperanza, no de desesperación. Están sumamente interesados en saber si nuestra reunión, la Asamblea General de las Naciones Unidas, producirá esos resultados.

Para cumplir colectivamente con estas expectativas será preciso que todos y cada uno de nosotros — tanto ricos como pobres, poderosos y débiles— nos comprometamos en la práctica a actuar en toda circunstancia de tal manera que reconozcamos y respetemos el hecho de que ninguno de nosotros es totalmente autosuficiente. Ahí están incluidos los más poderosos. Estos se enfrentan al interesante reto, importante para sus propios intereses nacionales, de que la pobreza y la marginación de miles de millones ya no será una condición para su éxito y su posibilidad de prosperar en condiciones de paz.

Lo que hemos dicho hoy tal vez no se escuche, ya que no tenemos la fuerza para hacer oír nuestra voz. Mañana quizás nos veamos obligados a decir: No hay más agua; lo que hay es fuego. Mientras ardan los incendios, las Naciones Unidas perecerán consumidas por las llamas. También morirán las esperanzas de los pobres del mundo, como murieron en Cancún, México, hace poco. Debemos obrar juntos para decir con nuestras palabras y nuestras acciones que, como países y como Naciones Unidas, la próxima vez habrá agua, y no fuego.

El Presidente interino (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, doy las gracias al Presidente de la República de Sudáfrica por la declaración que acaba de pronunciar.

El Sr. Thabo Mbeki, Presidente de la República de Sudáfrica, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

Discurso del Sr. Stjepan Mesić, Presidente de la República de Croacia

El Presidente interino (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de la República de Croacia.

El Sr. Stjepan Mesić, Presidente de la República de Croacia, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente interino (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de la República de Croacia, Excmo. Sr. Stjepan Mesić, a quien invito a dirigirse a la Asamblea General.

El Presidente Mesić (*habla en croata; texto en inglés proporcionado por la delegación*): Pocas veces

la atención del mundo se ha centrado tanto en las Naciones Unidas. Pocas veces se ha esperado tanto de esta Organización. En estos momentos, las preguntas que se formulan en todo el mundo son: ¿acaso las Naciones Unidas están sufriendo la crisis más profunda de su historia? ¿Acaso la Organización sigue desempeñando un papel fundamental en las relaciones internacionales?

Hoy, a comienzos del siglo XXI, la razón fundamental de la existencia de nuestra Organización sigue siendo la misma de hace 60 años: mantener la paz mundial, lograda a costa de millones de vidas, y contribuir constantemente al bienestar de la especie humana en todo el mundo.

Vivimos en un mundo en que nadie puede obrar por sí solo, sin la ayuda de otros, por grande o poderoso que pueda ser. Las soluciones mundiales requieren los esfuerzos concertados y unidos de todos los países y de todos los habitantes de nuestro planeta.

Nuestra Organización es un esfuerzo concertado de la comunidad mundial que busca constantemente soluciones a los problemas crecientes de nuestros tiempos. Recalco la frase “nuestra Organización”, porque a veces pareciera que esperaríamos que la administración de las Naciones Unidas por sí sola resolviera nuestros problemas. Tendemos a olvidar que las Naciones Unidas no son una institución abstracta, con una voluntad propia, de la que dependemos. Sin embargo, las Naciones Unidas son la voluntad de todos y cada uno de sus 191 Estados Miembros. Sólo nosotros somos responsables de la voluntad, las decisiones, la labor y las actividades de las Naciones Unidas.

No cabe duda alguna de que las Naciones Unidas necesitan reformarse. Al respecto, Croacia acoge con beneplácito y apoya por completo el informe presentado por el Secretario General en septiembre, sobre la aplicación de la Declaración del Milenio. Al debatir la reforma de nuestra Organización, sobre todo la del Consejo de Seguridad, pero también la de la Asamblea General, debemos tener en cuenta que esta es una cuestión que depende de nuestra propia voluntad política y disposición a aceptar los cambios.

Lamentablemente, y esto debe decirse de forma abierta, hasta ahora no ha habido suficiente voluntad política para pasar del debate sobre el tema a la adopción de reformas reales. Croacia está convencida de que la reforma del Consejo de Seguridad es necesaria y no debe seguirse aplazando. De hecho, en la Declaración del Milenio decidimos que intensificaríamos los

esfuerzos conjuntos para lograr una reforma integral del Consejo de Seguridad en todos sus aspectos. Tenemos la oportunidad de hacerlo en este período de sesiones de la Asamblea General.

Croacia nunca ha sido miembro del Consejo de Seguridad. Sin embargo, en el decenio de 1990 adquirimos una experiencia considerable en la labor de este órgano, y conocimos sus aciertos y desaciertos, su importancia y verdadero alcance. Por ello, a menos que se adapte a las nuevas realidades en las relaciones internacionales, el Consejo no podrá mantener su credibilidad y autoridad en todas partes del mundo. Lo que se requiere es la adhesión al principio de representación equitativa de todos los Miembros de las Naciones Unidas en el Consejo de Seguridad.

Croacia está presta a seguir intensificando sus esfuerzos como promotor activo de la paz regional y mundial. Teniendo esto en mente, Croacia ha presentado su candidatura como miembro del Consejo de Seguridad para el mandato 2008-2009. El ingreso de Croacia en el Consejo de Seguridad sería un gran tributo a mi país y un reconocimiento de todo lo logrado en el establecimiento de la paz en Europa sudoriental, región que, después de muchos años de guerra, ha tenido la fortaleza de emprender el camino de las relaciones de buena vecindad.

La lucha contra el terrorismo internacional es una de las principales prioridades de Croacia. Dos años después del ataque terrorista contra los Estados Unidos, nos mantenemos firmes al lado de nuestros aliados estadounidenses y de todos los que se niegan a aceptar el terrorismo, el fanatismo y el asesinato como forma de resolver los problemas entre los pueblos y los países. Nuestro deber colectivo de mantener la paz y la seguridad internacionales, según se establece en la Carta de las Naciones Unidas, proporciona un marco internacional para una respuesta decisiva al terrorismo en el siglo XXI.

Croacia participó con sus fuerzas en los esfuerzos para devolver la paz y la estabilidad al Afganistán, consciente de que la acción concertada de todos los países democráticos es la mejor respuesta al terrorismo. La lucha contra el terrorismo requiere, no sólo la acción de la coalición democrática al nivel mundial, sino también de todos sus miembros a los niveles nacional y regional. Asimismo, es importante que intensifiquemos nuestras actividades para ayudar a los países rezagados en el desarrollo económico y otras esferas. La desi-

gualdad, la injusticia y la ignorancia son caldo de cultivo para el terrorismo.

Croacia sigue encarando las consecuencias de la guerra que le fue impuesta y no cuenta con recursos económicos para participar como donante en las actividades de reconstrucción del Iraq. Sin embargo, estamos dispuestos a ofrecer nuestra vasta experiencia en la reconstrucción posterior al conflicto, sobre todo en materia de construcción, así como los conocimientos y los medios operativos que se requieren para encarar el fomento de la confianza después de la guerra, fortalecer la estabilidad del país, lograr la normalización de la vida y restañar las heridas dejadas por la guerra en la urdimbre de la sociedad civil. Pienso, en particular, en el conocimiento y la experiencia adquiridos en el adiestramiento y la labor de la policía civil.

Los acontecimientos que tienen lugar en el Oriente Medio confirman que se requiere más valor para lograr una avenencia y asegurar la coexistencia que para combatir. Croacia conoce esto muy bien. También somos conscientes de la importancia de las resoluciones oportunas del Consejo de Seguridad y de la Asamblea General, cuya esencia debe perfeccionarse para poder encarar los retos y satisfacer las necesidades del proceso de paz, conocer las realidades sobre el terreno y alentar un acuerdo que tanto se necesita. Esperamos que, en su labor futura, la Asamblea General tome esto en cuenta al aprobar nuevas resoluciones sobre el Oriente Medio.

En numerosas ocasiones se ha reconocido la importancia de las operaciones de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas. El mandato y el carácter de las operaciones de mantenimiento de la paz se han transformado considerablemente y, de operaciones encaminadas en lo fundamental a separar a las partes contendientes, se han convertido en misiones complejas dirigidas a crear sistemas democráticos, proteger y promover los derechos humanos, fortalecer la sociedad civil, y sentar las bases para el desarrollo sostenible de los Estados independientes.

Esta complejidad y la frecuente yuxtaposición de los mandatos requieren un alto grado de especialización en diversas esferas: desde la celebración de elecciones democráticas y la creación de sistemas judiciales, hasta el establecimiento de fuerzas policiales y militares que cumplan las normas internacionales y las reglamentaciones jurídicas fundamentales.

Las Naciones Unidas son la única institución mundial que puede responder a los retos de establecer de forma simultánea la estabilidad regional, llevar a cabo la reconstrucción en la etapa posterior a la guerra y crear una sociedad democrática.

Las Naciones Unidas han pagado un alto precio por sus esfuerzos de paz. Quiero aprovechar esta ocasión para volver a expresar las condolencias de Croacia a los familiares de las víctimas de los bárbaros ataques perpetrados recientemente contra las oficinas de las Naciones Unidas en Bagdad, y recalcar que esos ataques refuerzan nuestra convicción de que el establecimiento de sistemas de seguridad colectivos y la solidaridad mundial deben proseguir.

En estos momentos, Croacia participa en cinco misiones de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas, a saber, en Etiopía y Eritrea, India y Pakistán, Sierra Leona, Timor-Leste y Sáhara Occidental.

Estamos decididos a seguir intensificando nuestra participación en las misiones de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas, de conformidad con nuestra capacidad física y financiera en cuanto a la composición y el número de efectivos desplegados, y en cuanto a los teatros de operaciones. Croacia piensa que, como país que ha recibido fuerzas de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas en momentos en que su soberanía e integridad territorial se veían atacadas y como país que fue sede de una de las operaciones más extensas de las Naciones Unidas, ahora tiene la obligación moral de contribuir con su experiencia a garantizar la paz y la prosperidad en otras partes del mundo.

En particular, quiero recalcar la importancia de una más estrecha cooperación entre el Consejo de Seguridad y los países que aportan contingentes. Acogemos con beneplácito los cambios positivos ocurridos hasta la fecha al respecto. También es importante garantizar el intercambio necesario de opiniones entre el Consejo de Seguridad y los países en cuyo territorio se realizan las operaciones de mantenimiento de la paz. No es sólo una cuestión del debido respeto a la soberanía de esos países, sino también una cuestión de adquirir una plena comprensión de sus necesidades y prioridades.

También creo que es necesario establecer nexos más estrechos y una mejor coordinación en la labor de los principales órganos de las Naciones Unidas, en particular entre el Consejo Económico y Social y el Consejo de Seguridad. El Consejo Económico y Social y sus comisiones poseen conocimientos y experiencia

excepcionales importantes para la consolidación de las sociedades tras los conflictos, algo que logramos ver por nosotros mismos el año pasado, cuando Croacia presidió dicho órgano. El establecimiento de grupos de trabajo para Guinea-Bissau y Burundi fueron pasos en la buena dirección, y esperamos que esta experiencia se aproveche para fomentar la participación del Consejo Económico y Social en procesos de mantenimiento y consolidación de la paz.

La Declaración del Milenio, esta visión conjunta de todos los miembros de las Naciones Unidas para lograr un mundo más justo y mejor, es un modelo que debemos seguir. Y no sólo debemos seguirlo, sino que también hay que garantizar que sus objetivos se apliquen plenamente. En este contexto, Croacia quisiera que el Consejo Económico y Social desempeñara un papel más importante en la aplicación general de la Declaración del Milenio. Por lo tanto, Croacia apoya la idea de un diálogo de alto nivel sobre el logro de las metas establecidas en la Declaración del Milenio que se lleve a cabo en el próximo período de sesiones de la Asamblea General.

Como miembro de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, Croacia apoya la ratificación universal de instrumentos internacionales en el ámbito de los derechos humanos. La Comisión debería continuar sin tropiezos en sus actividades al llevar a cabo su mandato. En un esfuerzo por promover y proteger los derechos humanos de todas las personas, Croacia dedica especial atención a los derechos humanos de las mujeres, los niños, los refugiados, los discapacitados y los miembros de las minorías nacionales.

Si bien se ha hecho mucho en el período pasado para mejorar la posición de la mujer en la sociedad y promover los principios de igualdad de género, la comunidad internacional tiene aún la obligación de intensificar sus esfuerzos a fin de prevenir todas las formas de violencia contra la mujer, y debe tratar de incluir a la mujer en los procesos de adopción de decisiones, garantizando su habilitación a todos los niveles. Contra este telón de fondo, me complace decir que Croacia cuenta ahora con la primera mujer participante en el Grupo de Observadores Militares de las Naciones Unidas en la India y el Pakistán.

Aparte del terrorismo, una de las principales amenazas de seguridad del mundo es la proliferación de las armas nucleares y otras armas de destrucción en masa. Consideramos que el Tratado de prohibición

completa de los ensayos nucleares es particularmente importante para garantizar la meta de lograr la no proliferación nuclear y el desarme. Nos preocupa el hecho de que si bien el Tratado se abrió a la firma y la ratificación hace siete años, aún no haya entrado en vigor. El carácter universal de este Tratado es de gran trascendencia e instamos a todos los Estados que aún no se han adherido a él a que lo hagan lo más pronto posible.

Croacia acoge con beneplácito los esfuerzos del Secretario General y de las Naciones Unidas por elevar el nivel de conciencia en todo el mundo acerca de la importancia del imperio de la ley y de adherirse a los instrumentos internacionales en esta esfera. Como Estado miembro del Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional, Croacia ha participado activamente en el esfuerzo sin precedentes de establecer un nuevo orden internacional simbolizado por la Corte Penal Internacional, a la que se ha llamado, con razón, la encarnación de “nuestra conciencia colectiva”.

Croacia está transitando firmemente la senda de su adhesión a la Unión Europea. Croacia, cuya meta nacional estratégica es unirse a la Unión Europea, sigue estando dedicada a la promoción constante de las relaciones amistosas con todos sus vecinos y a la política de apertura de fronteras que permita la circulación de personas, bienes y servicios, pero también a la de mantener sus fronteras firmemente cerradas a toda forma de delincuencia transnacional y de migración ilícita.

Croacia seguirá participando activamente en las iniciativas y organizaciones regionales, europeas y mundiales, respetando todas sus obligaciones internacionales. Para nosotros, las Naciones Unidas siguen siendo un centro de convergencia para la solución de los problemas internacionales y para la promoción de los intereses de la humanidad. Estoy seguro de que en este período de sesiones de la Asamblea General se reconfirmará la importancia de las Naciones Unidas y se abrirá un nuevo capítulo en las actividades de nuestra Organización para la consolidación de la paz y la seguridad.

El Presidente interino (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, quiero dar las gracias al Presidente de la República de Croacia por la declaración que acaba de formular.

El Sr. Stjepan Mesić, Presidente de la República de Croacia, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

Discurso de Su Majestad el Rey Mohammed VI, de Marruecos

El Presidente interino (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso de Su Majestad el Rey Mohammed VI, de Marruecos.

El Rey Mohammed VI, de Marruecos, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente interino (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas a Su Majestad el Rey Mohammed VI, de Marruecos, a quien invito a dirigirse a la Asamblea General.

El Rey Mohammed VI (Marruecos) (*habla en árabe*): Sr. Presidente: Ante todo, quisiera felicitarlo por su unánime elección a la Presidencia del quincuagésimo octavo período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas. En nombre del Reino de Marruecos y del Grupo de los 77 y China, deseo asegurarle nuestro pleno apoyo para que este importante período de sesiones sea un éxito.

Conscientes de la delicada fase por la que atraviesa nuestra Organización, muchos Jefes de Estado y de Gobierno han aceptado la invitación cursada por el Sr. Kofi Annan, Secretario General de las Naciones Unidas. Quisiera aprovechar esta ocasión para expresarle mi aprecio, una vez más, por los incansables esfuerzos que despliega para reforzar la eficacia de nuestra Organización.

Este es para mí un momento cargado de emoción, al recordar, en esta prestigiosa tribuna, los llamamientos e iniciativas formulados por mis difuntos abuelo y padre, Sus Majestades el Rey Mohammed V y el Rey Hassan II, en los que exhortaban a una acción concertada de la comunidad internacional para acelerar la descolonización, sobre todo en el Magreb árabe y en el continente africano, así como a defender los principios de paz, convivencia, apertura y tolerancia.

Así pues, nuestra acción internacional siempre ha estado guiada por los mismos ideales que inspiraron a los fundadores de nuestra Organización. Procura enriquecer los importantes logros culturales que ha alcanzado la humanidad gracias a esta institución, preservar la dignidad humana y garantizar la igualdad de derechos y obligaciones, no sólo entre hombres y mujeres, sino también entre naciones y pueblos, grandes y pequeños, en el pleno respeto de la legalidad internacional y en un espíritu de libertad y solidaridad.

Ciertamente valoramos los logros positivos y concretos de nuestra Organización. Ahora bien, acorde con nuestro firme compromiso con su noble misión, nos preguntamos: ¿hasta qué punto ha logrado la Organización hacer que prevalezca la paz y contribuir significativamente al desarrollo sostenible y a la solución de unos conflictos que emanan en buena medida de la colonización, que desgarró a naciones y pueblos enteros, sobre todo en nuestro continente africano?

Me gustaría además garantizar a nuestros hermanos y hermanas de los Estados africanos la solidaridad permanente e inmutable de Marruecos, así como su determinación de seguir ampliando la cooperación con ellos en cuestiones de política, economía, sociedad y seguridad y de apoyar las iniciativas africanas constructivas. En este contexto, quisiera invitar a la comunidad internacional a que brinde un apoyo tangible a la estrategia africana, la Nueva Alianza para el Desarrollo de África, que tiene por meta el desarrollo sostenible del continente africano, sobre todo mediante la interacción de sus entidades subregionales.

La Declaración del Milenio marcó un momento decisivo en el desempeño de la misión que se encomendó por unanimidad a las Naciones Unidas en materia de desarrollo sostenible. Por primera vez, los jefes de Estado y de Gobierno acordaron objetivos y metas concretos en los planos social, económico y educativo hasta el año 2015. En enero de este año, señalé que se podría asignar a la Presidencia del Grupo de los 77 y China la tarea prioritaria de garantizar un seguimiento de esos compromisos y supervisar su aplicación íntegra. Por iniciativa de nuestro Grupo, en junio la Asamblea General aprobó por unanimidad una resolución al respecto en espera de una evaluación mundial en 2005.

Si bien el Grupo de los 77 y China ha tratado de mantener las cuestiones de desarrollo en un lugar importante del programa de trabajo de la Organización, hay que admitir que nuestros esfuerzos se han centrado principalmente en la grave amenaza para la paz mundial que supone la situación en la región del Oriente Medio. A pesar de los esfuerzos que han hecho las Naciones Unidas o el Cuarteto con la hoja de ruta para lograr una solución de la cuestión de Palestina, la lógica de la violencia y la intransigencia sigue obstaculizando el restablecimiento de la paz. El sufrimiento, las privaciones y las injusticias que padecen a diario nuestros hermanos del pueblo palestino exigen un compromiso más enérgico de la comunidad internacional para lograr la aplicación irreversible de la hoja de ruta.

Como Presidente del Comité Al-Quds, quisiera decir que estoy plenamente dispuesto a ayudar a encontrar una solución justa y definitiva que lleve a la creación de un Estado palestino viable con Al-Quds Al-Sharif como capital, que conviva con el Estado de Israel, en condiciones de paz justa, global y duradera. Con la solución de esta cuestión —que depende de la retirada de Israel de todos los territorios árabes ocupados—, esta región recobrará su condición original de tierra de coexistencia religiosa y cultural.

Igualmente, Marruecos pide que se adopten medidas internacionales concertadas que permitan al pueblo hermano del Iraq vivir de manera segura, estable y libre y reconstruir su país, pudiendo contar con que se respetarán plenamente sus opciones y se preservará la soberanía, la unidad nacional y la integridad territorial de su Estado.

La región mediterránea está especialmente afectada por la crisis que acabo de mencionar. Por ello consideramos que el diálogo euromediterráneo es un elemento clave para lograr la estabilidad, la seguridad y el desarrollo de la región. En este contexto, el Reino de Marruecos ha hecho la elección estratégica de optar por la construcción del Magreb árabe como región en la que se puedan fomentar la paz y el desarrollo en beneficio de sus miembros, en la que no haya ninguna tendencia a la balcanización y en la que se respeten plenamente los atributos nacionales fundamentales de cada Estado que la conforma.

El Reino de Marruecos, inspirado por este ideal magrebí y comprometido a mantener sus relaciones de buena vecindad, ha accedido a atenuar la tensión que se ha inducido en sus fronteras y se está esforzando de buena fe por encontrar un consenso internacional sobre la cuestión del Sáhara marroquí. Los intentos que se han hecho hasta ahora para lograr una solución demuestran que la única manera de zanjar la cuestión de una vez por todas es encontrando una solución política realista y definitiva acorde con los principios democráticos, respetando plenamente la soberanía y la integridad territorial del Reino de Marruecos, tal como las propias Naciones Unidas recomendaron en junio de 2001. En este sentido, me gustaría proclamar una vez más a título oficial el compromiso de Marruecos de cooperar con las Naciones Unidas para lograr la solución política mencionada.

Desde los hechos trágicos ocurridos el 11 de septiembre, la comunidad internacional ha estado enzarzada

en una lucha decidida contra el terrorismo internacional, que supone una amenaza para los valores más sagrados de la humanidad. En mayo, la nación marroquí fue víctima de la abominable plaga del terrorismo. Se trató de un intento desesperado de atentar contra el modelo democrático por el que Marruecos ha optado y de menoscabar su firme compromiso con los valores de libertad, tolerancia y apertura. Por lo tanto, nos gustaría insistir en la necesidad de que se intensifique la cooperación internacional para erradicar este flagelo.

Al respecto, quisiera denunciar categóricamente la confusión que han creado de manera deliberada aquellos que insisten en relacionar el terrorismo con el islam, y que, por tanto, pasan por alto el hecho de que el islam aboga por la paz y el respeto de la vida humana y rechaza rotundamente la injusticia y la agresión.

El sistema de las Naciones Unidas está expuesto ahora a unas circunstancias internacionales de profunda agitación y debe enfrentar unos retos distintos y trascendentales. Para que las Naciones Unidas puedan desempeñar su papel de único regulador de las relaciones entre los Estados, es urgente que restituyamos al concepto de universalidad su significado original, a saber, la obligación que todos tenemos de atenernos a la misma ética y a las mismas normas jurídicas y a una solidaridad efectiva entre todos los pueblos y naciones. Para lograr este objetivo, la humanidad debe encontrar nuevas razones para reavivar la esperanza. Además, hay que tener fe y confianza en las Naciones Unidas para que puedan recobrar su prestigio y eficacia. Así pues, comprometámonos conjuntamente a aumentar sus recursos y a fortalecer sus actividades. La Asamblea puede contar con la ayuda y el apoyo del Rey de Marruecos para que, todos juntos, podamos construir un mundo más seguro, más equitativo y más humano.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, deseo dar las gracias al Rey de Marruecos por la declaración que acaba de formular.

Su Majestad Mohammed VI, Rey de Marruecos, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

Tema 9 del programa (*continuación*)

Debate general

Discurso del Excmo. Sr. Silvio Berlusconi, Presidente del Consejo de Ministros de la República Italiana

El Presidente (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente del Consejo de Ministros de la República Italiana.

El Sr. Silvio Berlusconi, Presidente del Consejo de Ministros de la República Italiana, es acompañado a la tribuna.

El Presidente (*habla en inglés*): Es un gran placer para mí dar la bienvenida al Excmo. Sr. Silvio Berlusconi, Presidente del Consejo de Ministros de la República Italiana, a quien invito a dirigirse a la Asamblea General.

El Sr. Berlusconi (*habla en italiano; texto en inglés proporcionado por la delegación*): Es un honor para mí dirigirme a la Asamblea General en su quincuagésimo octavo período de sesiones en nombre de la Unión Europea, que Italia presidirá hasta el 31 de diciembre de 2003. Los países asociados —Chipre, República Checa, Estonia, Hungría, Letonia, Lituania, Malta, Polonia, la República eslovaca y Eslovenia— hacen suya esta declaración

En esta ocasión no puedo olvidar el sacrificio de Servio Vieira de Mello y de otros funcionarios de las Naciones Unidas que recientemente fueron víctimas del odio ciego e indiscriminado en Bagdad. Permíteseme también rendir homenaje a la memoria de la Ministra de Relaciones Exteriores de Suecia, Anna Lindh, víctima de un acto brutal de violencia. En su memoria y en memoria de todos aquellos que dieron su vida al servicio de la libertad, la democracia y los derechos humanos, la Unión Europea rinde un sentido homenaje.

Hace dos semanas conmemoramos el segundo aniversario de del 11 de septiembre. La Unión Europea recuerda con gran pesar a las víctimas de esos ataques cuando el horror del terrorismo azotó a esta ciudad, a los Estados Unidos de América y al mundo.

La Unión Europea acoge con beneplácito el reciente informe del Secretario General sobre la aplicación de las metas de desarrollo establecidas en la Declaración del Milenio y sus conclusiones. Compartimos la opinión de que deben fortalecerse y actualizarse las instituciones multilaterales y estamos dispuestos a contribuir activamente al objetivo de crear un orden internacional sobre la base de instituciones multilaterales eficaces y dentro del marco fundamental de la Carta.

Estamos convencidos de que dos de las principales amenazas a la paz y a la seguridad, hoy, son el terrorismo y la proliferación de las armas de destrucción en masa.

La Unión Europea condena todos los actos del terrorismo que constituyen una amenaza a la democracia, a los derechos humanos y al desarrollo económico y social. Debemos ser firmes en nuestra determinación de destruir este virus y proteger a las generaciones presentes y futuras de sus agresiones. En los esfuerzos por combatir el terrorismo se deben respetar los derechos humanos y las libertades fundamentales, el estado de derecho y el derecho humanitario.

En esta lucha trabajamos en estrecha colaboración con las Naciones Unidas y las apoyamos plenamente. Es una batalla que hay que librar en bien de la libertad y la democracia, valores universales plasmados en la Carta que debería estar firmemente arraigada en la vida de todas las personas de este mundo sin fronteras.

Debemos demostrar el mismo compromiso para poner coto a la proliferación de las armas de destrucción en masa y sus sistemas vectores. No podemos eludir nuestra responsabilidad. La Unión Europea ha duplicado sus esfuerzos para poner fin a esta amenaza a la paz y la seguridad internacionales. Tras acordar recientemente un plan de acción, estamos ahora ocupándonos de su aplicación. La adhesión universal a los principales acuerdos multilaterales es el meollo de la política de la Unión Europea.

La paz y la seguridad mundiales son inseparables. Los pueblos de Europa saben muy bien que es necesario abordar tanto los aspectos militares como humanitarios de la situación de Corea del Norte. La Unión Europea está siguiendo de cerca las conversaciones entre las seis partes a fin de resolver la crisis actual en relación con el programa nuclear de Corea del Norte. La Unión Europea hace un llamamiento firme a Corea del Norte para que desmantele por completo su programa nuclear de modo rápido, transparente, verificable e irreversible, de conformidad con las obligaciones que emanan de acuerdos internacionales.

La Unión Europea reitera su solicitud a la India y al Pakistán para que se adhieran al Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares y para que actúen de conformidad con la resolución 1172 (1998) del Consejo de Seguridad. Alentamos con fuerza a la India y al Pakistán a que apliquen un proceso de diálogo político que lleve a un acuerdo satisfactorio para todas las partes en relación con todos los elementos polémicos, incluida Cachemira, un problema que no se puede resolver mediante la violencia o el terrorismo.

La Unión Europea expresa su creciente preocupación por el desarrollo del programa nuclear en el Irán y los riesgos de proliferación que ello entraña. Reiteramos nuestra esperanza de que el Irán dé pruebas de una cooperación más rápida y plena transparencia con el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) aceptando sus solicitudes. La aceptación urgente e incondicional, la firma y la aplicación de un Protocolo adicional de salvaguardias del OIEA, revisten importancia capital. Si así sucediera, la comunidad internacional lo consideraría una señal del compromiso del Iraq con el marco de no proliferación y un paso adelante hacia las reformas deseadas.

La no proliferación de armas de destrucción en masa es una prioridad. Requiere presión política constante y todo instrumento político y diplomático disponible como primera línea de defensa. No podemos permitir que las armas de destrucción en masa caigan en manos de terroristas o regímenes que representan una amenaza a la paz mundial.

En este contexto, otro grave peligro está representado por la creciente propagación de las armas pequeñas y ligeras y la expansión de la violencia organizada armada que se cobra en vidas humanas una cantidad que comienza a superar la cantidad que se cobran las guerras.

En cuanto a la no proliferación, la Unión Europea está firmemente comprometida a apoyar a las Naciones Unidas, particularmente al Consejo de Seguridad, a lograr los objetivos comunes siguientes: fortalecer los acuerdos internacionales, acrecentar el apoyo a los organismos de vigilancia e intensificar los controles del tráfico ilícito. Por último, en caso de que todas las medidas políticas y diplomáticas fallen, no se puede descartar el recurso a las medidas coercitivas establecidas en la Carta.

Sin embargo, ese recurso a la fuerza se puede evitar si todos los instrumentos del derecho internacional, incluidas las salvaguardias de los derechos humanos prevalecen en todos sus efectos. Todos tenemos la certeza de que eso es lo que hay que hacer.

Con ese fin, la Unión Europea considera que la Corte Penal Internacional es un nuevo instrumento muy disuasivo y reitera su pleno apoyo a la Corte y a su universalización.

La Unión Europea está comprometida y seguirá comprometida a promover y proteger todos los derechos

humanos y libertades fundamentales. En este contexto, reiteramos nuestro firme apoyo al logro de la abolición universal de la pena de muerte. En los últimos años se han logrado progresos significativos en esta dirección gracias, en parte, a la sociedad civil. La abolición es nuestra meta primordial. Donde sigue existiendo la pena capital, sin embargo, pedimos que su aplicación se impida a través de una moratoria general de las ejecuciones.

La prevención de los conflictos y la gestión de las crisis son componentes esenciales de la contribución de la Unión Europea a la salvaguardia de la paz y la seguridad internacionales. Más de 40.000 hombres y mujeres de la Unión Europea están desplegados en este momento en todo el mundo, en distintas operaciones de mantenimiento de la paz dirigidas o autorizadas por las Naciones Unidas.

La Unión participa directamente en misiones que se llevan a cabo en la ex República Yugoslava de Macedonia, en Bosnia y Herzegovina y, hasta hace pocos días, en la República Democrática del Congo, en las que la Unión Europea demostró su voluntad de contribuir, incluso a través de medios militares, a los esfuerzos de la comunidad internacional por restablecer la paz y la estabilidad en África.

A la luz de este compromiso concreto, la Unión Europea reafirma su apoyo a la reforma y al fortalecimiento de las actividades de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas.

La decisión adoptada por el Consejo de la Unión Europea de intensificar la cooperación entre la Unión Europea y las Naciones Unidas en el ámbito de la gestión de las crisis reafirma el mantenimiento de relaciones estratégicas de la Unión con la Organización. La Unión actualmente redacta las directrices sobre la protección de civiles en operaciones de mantenimiento de la paz encabezadas por la Unión Europea en las que se reflejarán plenamente los principios de las Naciones Unidas.

La democracia es el único sistema de gobierno que puede garantizar plenamente el respeto de los derechos humanos y fomentar, al mismo tiempo, el desarrollo, la prosperidad y la paz. La Unión Europea tiene el propósito de intensificar la cooperación con los países que comparten los valores de la libertad y la democracia. Con un espíritu de apertura hacia toda la comunidad internacional, los Estados de la Unión Europea afirman su

voluntad de prestar apoyo a todos los Estados que tienen la intención de cumplir con esos principios.

La Unión Europea sigue considerando sus relaciones con África como una prioridad y recuerda el compromiso común de fortalecer este diálogo. La Unión Europea ha expresado un interés especial en reforzar la capacidad de África en el mantenimiento de la paz y en la resolución de conflictos, y ha concentrado sus iniciativas en esas esferas también en África. Estamos comprometidos a respaldar los esfuerzos de la Unión Africana encaminados a establecer un mecanismo de seguridad regional.

La Unión Europea proseguirá trabajando a favor de la paz entre los países de África y seguirá prestando apoyo a las iniciativas de los Estados de África orientadas a poner fin a los numerosos conflictos que asolan el continente. Sin embargo, no pueden crearse condiciones estables para la paz sin una estrategia destinada a erradicar las causas de la pobreza y la exclusión social, que incentivan tantos conflictos en África y en otras regiones del mundo.

En el largo camino hacia la gestión de la mundialización y la distribución de sus beneficios entre todos Europa seguirá estando firmemente comprometida con África y proseguirá la colaboración privilegiada de la Unión Europea con estos países. En este marco, reiteramos nuestro apoyo a la Nueva Alianza para el Desarrollo de África (NEPAD) y a las esperanzas que ella representa para el desarrollo de África.

El compromiso especial de la Unión Europea para con África debe considerarse asimismo en el marco de los Objetivos de Desarrollo del Milenio, destinados primordialmente a erradicar la pobreza, el hambre, la enfermedad, las desigualdades sociales y de género y el deterioro del medio ambiente. En este sentido, reafirmamos nuestro compromiso con la lucha contra el SIDA, la tuberculosis y el paludismo con miras a erradicarlos.

La Unión Europea expresa su profundo pesar por no haberse podido lograr avances sustanciales en la Conferencia de Cancún que organizó la Organización Mundial del Comercio (OMC), especialmente en lo que respecta a los productos agrícolas. Seguimos convencidos de que una mayor liberación del comercio mundial, junto con la realización de actividades de cooperación para el desarrollo, pueden desempeñar una función decisiva en el logro de los objetivos de desarrollo del Milenio a favor de un mundo mejor. Por ello, la Unión Europea considera que es importante proseguir

las negociaciones en el marco de la OMC con la determinación y la flexibilidad necesarias para respetar los compromisos plasmados en el Programa de Desarrollo de Doha.

De conformidad con los objetivos de Monterrey, la Unión Europea ha asumido el compromiso financiero de aumentar la ayuda oficial para el desarrollo hasta llegar a un 0,39% del producto bruto nacional en 2006.

Nuestro compromiso no se limita a los aportes financieros. También tenemos la intención de unirnos a nuestros socios en el desarrollo en un proceso que integre la lucha contra la pobreza y la enfermedad y progrese en el ámbito de salvaguardar los derechos humanos y las libertades fundamentales, la buena gestión pública y la protección del medio ambiente. La protección de nuestro medio ambiente, incluso a través del cumplimiento de los compromisos contraídos mediante la firma del Protocolo de Kyoto, constituirá un punto de referencia para medir nuestra capacidad de fomentar el desarrollo sostenible que concilie las exigencias de progreso económico y social con la necesidad de proteger los recursos naturales. Esos dos objetivos no son alternativos, sino más bien son los pilares de la Declaración de Johannesburgo.

La Unión Europea aprecia los adelantos que se realizaron desde el quincuagésimo séptimo período de sesiones de la Asamblea General después de la presentación del informe del Secretario General sobre la reforma, titulado "Fortalecimiento de las Naciones Unidas: un programa para profundizar el cambio" (A/57/387 y Corr.1). Sigue apoyando los esfuerzos del Secretario General por llevar a cabo las reformas necesarias para lograr una gestión eficiente mediante la cual se puedan alcanzar los objetivos que estableció la comunidad internacional para las Naciones Unidas. Trabajaremos a favor de la aprobación de un plan presupuestario para el bienio 2004-2005 mediante el cual se respalde el cumplimiento de la Declaración del Milenio y la aplicación del proceso de reforma que se inició en el quincuagésimo séptimo período de sesiones de la Asamblea.

Para salvaguardar la paz y la seguridad internacionales se requiere el compromiso firme de encarar los conflictos regionales. La falta de tal compromiso podría traducirse en una mayor desestabilización en detrimento de toda la comunidad internacional.

En lo que respecta al Oriente Medio, la Unión Europea siente profunda preocupación por el deterioro de las relaciones entre el Estado de Israel y la Autoridad Palestina y reitera su firme apoyo a la hoja de ruta, única esperanza para lograr una paz duradera y allanar el camino que conduzca a la estabilidad y el desarrollo de la región. La Unión Europea prestará su apoyo al respecto en el marco del Cuarteto. Para poner en práctica la hoja de ruta, también es importante que la Unión Europea y los países del Grupo de los Ocho asuman un compromiso concreto y generoso con un plan para la reconstrucción económica integral de la zona. Tanto Israel como la Autoridad Palestina deben actuar con urgencia y cumplir los compromisos que se han definido en la hoja de ruta.

En lo que atañe al Iraq, la Unión Europea ha acogido con beneplácito el fin del régimen de Saddam Hussein, cuyo poder se basaba en el temor y en la violación de los derechos humanos. La formación del Consejo de Gobierno del Iraq constituyó la primera medida importante orientada a la instauración de un gobierno representativo del pueblo iraquí. La Unión Europea destaca la importancia de que se restablezca la soberanía del Iraq y de que se cree en el Iraq un gobierno plenamente representativo a través de elecciones democráticas. Las Naciones Unidas tienen un papel fundamental que cumplir en este proceso. La próxima conferencia de donantes a celebrarse en Madrid será una oportunidad que reciben con agrado todos aquellos que comparten nuestra preocupación por el futuro del Iraq de contribuir positivamente a la recuperación política y económica del Iraq. Reconocemos que para que el proceso de reconstrucción arroje resultados satisfactorios será necesario que vaya acompañado por el mejoramiento de la situación de seguridad.

En lo que concierne al Afganistán, la Unión Europea desea expresar su profunda gratitud por la labor que realizaron las Naciones Unidas en el marco del proceso de Bonn.

Seguiremos brindando nuestro apoyo al proceso de democratización también a través de la ayuda a la reconstrucción del país. La Unión Europea subraya la importancia de una reforma eficaz en el sector de la seguridad como base para una seguridad y una estabilidad duraderas en el Afganistán y en toda la región. Los preparativos de las elecciones de 2004, destinadas a constituir un gobierno y un parlamento representativos

de todos y cada uno de los componentes de la sociedad afgana, revisten una importancia primordial.

De conformidad con las conclusiones del Consejo Europeo de Tesalónica, la Unión Europea seguirá trabajando incansablemente para apoyar los esfuerzos del Secretario General con el fin de lograr una solución global, justa, aceptable y funcional al problema de Chipre, que se ajuste a las resoluciones pertinentes del Consejo de Seguridad.

Las relaciones entre los países de Europa y de América Latina hunden sus raíces en la historia y constituyen la base de una intensa colaboración y del firme interés de la Unión Europea en la región. La Unión Europea está decidida a seguir mejorando los arreglos globales de sus propias relaciones con los países de Centroamérica y de Sudamérica.

Por último, la Unión Europea seguirá apoyando los procesos de estabilización, democratización y desarrollo en los Balcanes occidentales. En la Cumbre Unión Europea-Balcanes celebrada en Tesalónica, la Unión Europea reafirmó su pleno consenso sobre la futura perspectiva europea de la región. El logro de estas esperanzas dependerá de la capacidad de cada uno de los países de la región para acometer las reformas institucionales, gubernamentales y económicas, y de la aplicación de los criterios políticos de la Unión Europea, incluidos la plena cooperación con el Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia y el progreso en la esfera del respeto de los derechos de las minorías.

Los acontecimientos de los últimos decenios han modificado profundamente el orden mundial. Actualmente existen las condiciones para que las democracias del mundo actúen unidas con miras a difundir los valores que son la premisa ineludible de todos los demás: la libertad y la democracia.

En la Declaración del Milenio habíamos prometido al mayor número posible de ciudadanos alimentos, agua, salud y educación. Ahora las democracias deben esforzarse por proporcionar, también y por encima de todo, esos valores inmateriales de los cuales derivan todos los demás valores materiales, porque sin las premisas de libertad y de democracia no existe esperanza de paz y de desarrollo sostenible, ni se podrá vencer definitivamente el desafío de la pobreza.

El Presidente interino (habla en inglés): En nombre de la Asamblea General, deseo dar las gracias al Presidente del Consejo de Ministros de la República de Italia por la declaración que acaba de formular.

El Sr. Silvio Berlusconi, Presidente del Consejo de Ministros de la República de Italia, es acompañado fuera de la tribuna.

El Presidente interino (habla en inglés): Hemos escuchado al último orador del debate general en esta sesión.

Se levanta la sesión a las 14.05 horas.